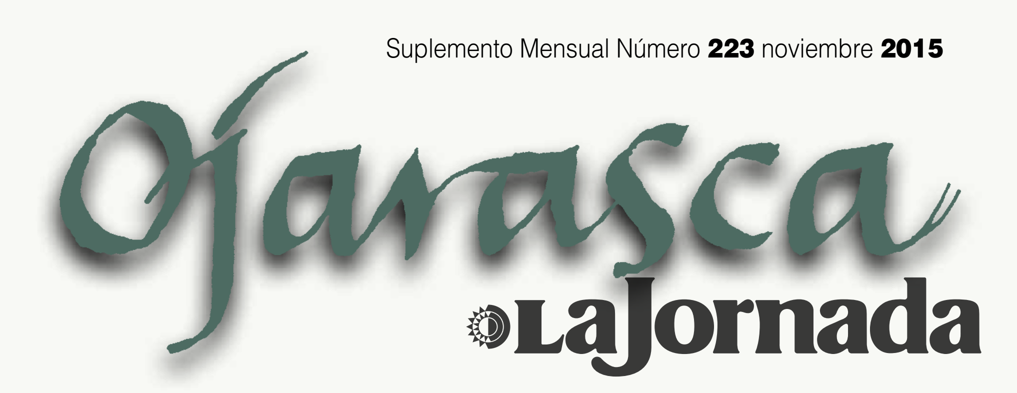
Suplemento Mensual Número **223** noviembre **2015**



CHABLEKAL NO SE VENDE MÁS
Gloria Muñoz Ramírez

EL ORO DE LA MUERTE: MINERÍA EN GUERRERO

Serie Comunalidad, Oaxaca. Foto: Luna Marán

» ARCA DE CUENTOS

NUEVA NARRATIVA INDÍGENA MEXICANA

DÍIDXAZA
- **LA MUJER QUE ORINÓ DEMASIADO**
  Francisco de la Cruz

TSELTAL
- **LA MONTADA**
  Nicolás Huet
- **EL REGRESO DE DON ARTEMIO LIÉVANO**
  Josías López Gómez

- **CRUZ**
  Ana Matías Rendón
- **EN UN ABRIR Y CERRAR DE OJOS**
  Lamberto Roque Hernández

MAYA
- **NIÑO REMOLINO/MOSON PAAL**
  Jorge Echeverría Lope
- **LA ÚLTIMA DANZA**
  Isaac Esau Carrillo Can

EN TRIBUNALES, CONTRA LAS EÓLICAS
Carlos Manzo

GUATEMALA, EL DOLOR Y EL COMEDIANTE
Ramón Vera Herrera

LA VIDA EN CHIAPAS (Y MÁS ALLÁ)
- CH'ULEL CH'ULELAL
  Xuno López
- KICHANES DE CHIAPAS A CALIFORNIA
  Tania Cruz
- Y EN LA RIVIERA MAYA
  Xun Betan

FOTOGRAFÍA
LUNA MARÁN
JERÓNIMO PALOMARES

EL ORO DE LA MUERTE

La maldición de la mina Los Filos-El Bermejal, entre las comunidades de Carrizalillo y Mezcala, Guerrero, comenzó en 1997 cuando llegaron los ingenieros de la minera Peñoles (propiedad, como El Palacio de Hierro y Femsa-Coca Cola, del barón Alberto Bailleres) para explorar el suelo y comenzar la que sería una fuerte campaña de convencimiento en favor de la mina, dirigida a la población (indígena aunque la mayoría haya perdido la lengua): promesas, engaños, presiones y golosinas. En 2007 la canadiense Goldcorp puso en marcha lo que pronto devino el filón de oro más grande en Latinoamérica. Sólo de ahí se han extraído, en ocho años, más toneladas de oro que en toda la Nueva España durante tres siglos.

Sobre Carrizalito, Mezcala, Amatitlán, Tenantla y Xochipala cayó la maldición. Primero los cheques, los apapachos, las engañosas "fuentes de trabajo". Luego el abandono. Nunca vieron el oro. Entonces llegaron los criminales y policías a extorsionar, robar, secuestrar, desaparecer y matar. Indiferencia cómplice del gobierno. En tal contexto se da el igualazo del 26 de septiembre de 2014. La agresión brutal contra Ayotzinapa desnudó la fiebre del oro en Iguala y Chilpancingo, el reinado paraoficial del narco. ¿Y la mina? En Jauja. Miles de millones de dólares al año. Las acciones de Goldcorp aquí se cotizan entre las mejores inversiones del mundo. Paraíso de jubilados ricos en Norteamérica y Europa que invierten sobre seguro en el oro de México.

Minería y delincuencia genocida vienen juntos. Es la receta de Colombia (pregúntenle a su ex presidente Uribe). Socios tácitos, gobiernos, cárteles, paramilitares y mineras se necesitan mutuamente. La gente la paga: sus territorios se desvanecen. No se tome sólo como alegoría, es la neta. En esto se convirtió México. Fosas de la soberanía vendida, tierra emputecida, pueblos burlados, expulsados, moribundos. Y Goldcorp declara tan tranquila: "La minera se deslinda de los hechos que en ese lugar se han registrado aclarando que no han sido dentro del complejo, pues al interior de la mina se opera con los mayores protocolos de seguridad".

Con el clandestino acuerdo Transpacífico la tragedia sólo va a empeorar. El Estado (el Congreso) claudicó al soborno. Los políticos se llevan su tajada. Las transnacionales mandan. ¿Qué, no vamos a detenerlos? Piensan que no. Vean el homenaje del Congreso al barón Bailleres. Esto es Jauja para ellos.





Serie Comunalidad. Foto: Luna Marán

CRUZ

ANA MATÍAS RENDÓN

La mirada en vuelo de un pajarillo recorre arriba y abajo la tierra montañosa. El hombre con los párpados caídos siente cómo la luz rojiza del sol se filtra por sus pensamientos, obligándole a descubrir el cielo azul a través de sus ojos negros que ocultan su mayor temor. "El cementerio", se repite de manera necia. "Mi ropa estaba ahí… y lo del gallo muerto en la entrada de mi casa, a un día de recibir a los muertos, es un mal presagio… cómo ha podido hacerlo". Si su nahual no fuera un jilguero él podría desquitarse, en cambio su suerte se lo impide, el destino que el viejo principal leyó en los frijoles seleccionados con mucho cuidado por su padre, los cuales no sirvieron para nada, sino para ser la burla del pueblo.

El triste hombre tumbado bajo un guayabo no puede dimitir. ¡Llevarlo a él, a él, al panteón, tan flaco y enfermo que estaba, ya para qué! Sin embargo, era incuestionable, había visto su camisa envuelta de tierra, a un día de recoger a su madre.

A la hora del crepúsculo decide dejar sus pensamientos, levantarse, recoger la leña y echársela al lomo. De camino a casa se nubla con las ideas de venganza irrealizable hasta que divisa al culpable y percibe una ligera sonrisa socarrona.

–Me ha venido a decir en sueños que te llevara le espeta su primo sin guardar disimulo. A saber por qué, no me lo dijo. Te ha de extrañar.

A Cruz le encantaría hundir el puño en esa cara burlona, pero es tan enclenque, tan insignificante, que sólo se queda parado en medio del sendero con una nueva idea: "Mi madre…"

–Mi madre le dice a su esposa durante la cena. Ella le mira tan molesta que no se preocupa en dejarlo ante una mesa vacía, mientras el fuego de la cena se consume en las cenizas y el humo se escapa entre los huecos del tejado.

La noche está resguardada por nubes transparentes que resignadas ciernen las luces de las estrellas suspendidas por la tela de los sueños, tranquilizando así a las almas que duermen con el último aroma a café del día. Pero Cruz no puede quedarse a velar las ensoñaciones, cuida fijamente el camino a la espera de las ánimas que le reclamarán su presencia a esas horas. En tanto las casas de adobe y piedra se pierden en medio de la vegetación, noviembre se extiende por encima de los primeros frutos verdes de los cafetales próximos a interrumpir como el horizonte sobre la mañana.

Una mirada penetrante se esconde entre los arbustos vigilantes de la cruz de los cuatro caminos, una mirada que no esconde la sonrisa cuando aparece un rostro moreno y demacrado surcado por los años, mal cubierto por un sombrero de paja, frente a aquellas barras cruzadas de cemento con la piel de la luna nueva y ostentando una orla de variadas ofrendas. El hombre clandestino sin tardanza deja los tamales con las vísceras de los pollos y escapa acompañado de la noche.

El cielo revela el amanecer con las campanadas de la iglesia, los murmullos de los pobladores se mezclan con las ramas de los árboles que se rinden ante el resplandor del camposanto cuyos muertos se unen con los vivos. Cruz, sin embargo, está encerrado en la cocina, mirando al fondo de una mesa llena de comida. Frente a él tiene un tazón de café, un pan y dos tamales que no ha tocado; su madre vendrá y la espera.

–¡Qué has hecho Cruz! la voz de su esposa que baja del cementerio le distrae, ¡qué has hecho!

–Él me ha llevado al panteón para quedarse con mis tierras Cruz responde al mismo aire que le ha traído la reclamación.

Al regresar la vista, su madre se halla sentada al otro lado de la mesa, mastica de mala gana un pedazo de tamal con el corazón de un pollo en su interior y le mira fijamente con sus ojos vacíos.

En el exterior se oyen decenas de personas que se acercan, semejantes a los cascos de los caballos en carrera. Los pasos se avecinan, Cruz alcanza a mirar el cielo por un hueco de la cocina, en tanto su madre lo sigue con la mirada.

–¡No! el grito de la madre.

Los difuntos derrumban la puerta, pero el pajarillo ha alzado el vuelo y desaparece por una de las ventanas improvisadas del tejado. La esposa al entrar mira el cuerpo derrumbado del hombre sobre el último almuerzo

Ana Matías Rendón, autora de origen mixe, escribe cuentos, ensayos y artículos. Dirige la revista *Sinfín*.

La Jornada
Directora General: Carmen Lira Saade
Publicidad: Marco Hinojosa
Arte y Diseño: Francisco García Noriega

Ojarasca en La Jornada
Dirección: Hermann Bellinghausen
Coordinación editorial: Ramón Vera Herrera
Edición: Gloria Muñoz Ramírez
Caligrafía: Carolina de la Peña
Diseño y formación: Rosario Mateo
Retoque fotográfico: Alejandro Pavón Hernández
Asesoría técnica: Francisco del Toro
Versión en internet: Dimas Herrera

Ojarasca

Ojarasca en La Jornada, es una publicación mensual editada por DEMOS, Desarrollo de Medios, SA de CV. Av. Cuauhtémoc 1236, Col. Santa Cruz Atoyac, delegación Benito Juárez, CP. 03310, México DF. Teléfono: 9183 0300 y 9183 0400. El contenido de los textos firmados es responsabilidad de los autores, y los que no, de los editores. Se autoriza la reproducción parcial o total de los materiales incluidos en *Ojarasca*, siempre y cuando se cite la fuente y el autor. ISSN: 0188-6592. Certificado de licitud de título: 6372, del 12 de agosto de 1992. Certificado de licitud de contenido: 5052. Reserva de título de la Dirección General del Derecho de Autor: 515-93. Registro provisional de Sepomex: 056-93. No se responde por materiales no solicitados.

Impreso en: Imprenta de Medios, SA de CV. Av. Cuitláhuac 3353, Col. Ampliación Cosmopolita, México, DF.

suplementojarasca@gmail.com

PEQUEÑA ARCA DE CUENTOS NUEVOS

El lector encontrará este mes en Ojarasca un arcón de cuentos nuevos, obra de narradores mexicanos que pertenecen a nuestros pueblos originarios y fabulan desde el presente con las armas de la literatura. Que dijeron adiós al folclor y al indigenismo, a las tareas "menores" del informante para etnólogos y el recolector de historias para lingüistas.

La narrativa indígena contemporánea en México enfrenta varios retos que la han hecho menos proliferante que la poesía en las lenguas originarias, aunque con resultados también brillantes y trascendentales. La invención de cuentos y novelas, cuando se acomete en forma bilingüe, implica grandes trabajos y una lucha constante con los alfabetos, los sonidos y la prominencia de una lengua distinta al castellano pero que desemboca en él. Por ello la nómina de narradores modernos indígenas resulta relativamente escueta si se compara con la de poetas activos, y ocurre sólo en unas cuántas lenguas.

Un reto adicional para la narración literaria indígena se deriva de la dichosa "tradición oral" que determinó durante siglos la muy colonial atribución genérica de los cuentos indígenas como leyenda, mito, creencia, conseja, si no testimonio o pastiche sincretista. Destaquemos que la mayoría de las lenguas nacionales apenas alcanzaron expresión escrita en los pasados 30 años. Por agilidad y brevedad, el crisol iniciático ha sido la poesía. Hoy se escriben poemas en muchas de ellas; no así relatos en el sentido literario del término. Sin embargo, un puñado de autores concretó ya un corpus potente, elocuente y significativo. Algunos aparecen en la presente entrega de Ojarasca. Por razones de espacio, sólo uno de los textos se publica en lengua original además del castellano, pero los textos tseltales de Josías López Gómez y Nicolás Huet, los mayas de Jorge Echeverría Lope y Esaú Carrillo Can y el biniizá de Francisco de la Cruz Jiménez están publicados también en sus respectivas lenguas

Otra vertiente de la narrativa indígena contemporánea se desarrolla en castellano. En la presente muestra es el caso de Lamberto Roque Hernández y Ana Matías Rendón, ambos migrantes. Roque Hernández, quien reside en California, también escribe en inglés.

El cambio cultural de fondo que revelan estas historias reside en la abierta fabulación y la variedad de temas, menos anclados a las tradiciones, atentos en cambio a los dramas de la vida real presente, o bien la recreación del pasado desde una conciencia histórica. Una y otra vertiente con plena libertad ficcional. Estamos ya en el terreno de la literatura a secas.

Entre los mejores cuentistas tenemos a Armando Sánchez Gómez (tseltal), Isidoro Meza Patiño (náhuatl), Martín Rodríguez Arellano (ayuuk), Ubaldo López García y Lorenzo Hernández Ocampo (ñuu savi) y Gabriel Pacheco Salvador (wixárika). Han acometido la novela bilingüe y el relato de mayor aliento Marisol Ceh Moo (maya) con sus novelas Teya, un corazón de mujer y El llamado de los tunk'ules, Javier Castellanos (zapoteca) con Cantares del viento primerizo, Relación de hazañas del hijo del relámpago, Gente del mismo corazón y otros títulos, así como Marceal Méndez (Los últimos dioses) y Josías López Gómez (Mujer de la montaña), ambos en legua tseltal.

Emerge hoy en México una nueva literatura, en idiomas que se abren paso dentro de la galaxia de Gutemberg y el ciberespacio, aunque la cultura dominante apenas se haya enterado.

Hermann Bellinghausen

UNA MUJER QUE ORINÓ DEMASIADO



Serie #Amor Comunal. Foto: Luna Marán

FRANCISCO DE LA CRUZ JIMÉNEZ

Acababa de cumplir sus veinte años, cuando la muchacha comenzó a orinar demasiado.

Ella tenía los ojos negros, el pelo rizado y largo; era alta, delgada; tenía los senos abultados y hermosos.

Cuando la gente podía mirarla caminar hacia alguna parte, admiraban su belleza. Era muy hermosa aquella muchacha.

Pero ella era muy vigilada en casa. Sus familiares no querían que anduviera sola, para no enamorarse de algún muchacho y se casara tan pronto. Ellos querían que pasaran algunos años más, para que la muchacha aprendiera algunos trabajos como bordar huipiles y enaguas, preparar la comida, criar gallinas, borregos, puercos, y así poder ahorrar un poco de dinero.

La muchacha era muy alegre y le gustaba platicar de muchas cosas bonitas; también sabía cantar muchas canciones.

Una tarde oscureció el cielo y comenzó a caer una lluvia torrencial. Se oían los truenos y se miraba el resplandor de los rayos. De pronto se oyó un fuerte ruido, al caer un rayo entre la lluvia; se hizo un gran remolino de donde brotó un reptil envuelto en llamas. Aquel reptil se dirigió a la casa de aquella muchacha hermosa. Ahí logró detenerse. La culebra se estuvo toda la noche en aquella casa. Nadie pudo ver el momento cuando el reptil abandonó la casa, tampoco supieron el rumbo que tomó.

Al amanecer se calmó la lluvia. Muy despejado se veía el cielo. Así pasó aquella lluvia. La muchacha durmió durante tres días seguidos y nadie logró despertarla.

Al transcurrir los tres meses se descubrió que la muchacha estaba preñada. Sus familiares se encontraban muy enojados; la regañaban porque querían saber quién era el culpable de su embarazo. Ella desconocía todo, qué le había sucedido, por qué estaba embarazada. Mucha gente hablaba de ella, eran muchas las intrigas por saber quién era su amante.

Al llegar los nueve meses, después de que había caído la lluvia, la muchacha sintió muchos dolores, parecía ser el momento de dar a luz.

Su mamá y varios de sus familiares le brindaron ayuda, aunque estaban muy furiosos, también querían que naciera una hermosa criatura.

La muchacha comenzó a orinar un poco, no podía retener el orín; orinaba bastante; su orín mojó la cama, mojó el suelo, la casa empezó a llenarse, toda la gente que estaba con ella huyó; ella logró caminar y salir de allí. Pero el orín no dejaba de correr.

Hasta parecía que el pueblo se había inundado. El orín brotaba por todas partes. El pueblo se cubrió con el orín de aquella muchacha, quien no podía dejar de orinar.

La muchacha caminó y buscó refugio en las montañas más altas; mientras que el orín seguía fluyendo y que por cierto estaba revuelto con muchos peces, tortugas, camarones y otras especies que viven en el agua. Varios pueblos cercanos también quedaron inundados. La gente que logró salvar la vida se fue para no correr más peligro.

La muchacha logró retener la orina...

¡Así fue el nacimiento del mar!

Francisco de la Cruz Jiménez, escritor de lengua diidxaza (zapoteca). Originario de Juchitán, Oaxaca. Autor de *Historias del solterón.*

LA MONTADA

NICOLÁS HUET BAUTISTA

Sagrado gran señor
Sagrado gran padre
llegó el día
llegó la hora
Que baile bien el jaguar
Que brinque bien el toro
Que se alegra el corazón del cielo
Que se alegra el corazón de la tierra.



Serie #Amor Comunal. Foto: Luna

El pueblo se bañó de sangre. A unos pasos de la vieja casa de paja se escuchaba:

–Tote sats'tote, chavauke, xmal k'ak'al kuxley toteeee —dijo el primer menol[1] Alonso, con respeto inclinando su cabeza hacia el viejo Antun K'ox, anciano de cabello y barba canosa. Levantó la mirada, pero su encorvado cuerpo apenas le permitía ver bien el rostro de los visitantes.

–La'tote, sats' tote, muk' xana'uke, xmal k'ak'al kuxlej totee —dijo el abuelo. De la misma manera saludó el segundo menol, mientras se acercaba la abuela. La saludaron con amabilidad. A lo lejos, un sonido melodioso interrumpió la conversación, todo quedó en silencio.

–Señores, es mi nieto que regresa del pastoreo —mencionó el abuelo.

–Ah, su nieto —contestó el menol Alonso, retomando la plática, mientras por la montañas, en dirección donde nace el sol, se veían algunas vacas y toros, tras el rebaño el niño Jpetul K'ox y el armonioso sonido de la flauta de carrizo, despidiendo los últimos rayos del atardecer. El niño se aproximó a la casa con el ganado; el anciano invitó a los visitantes a pasar; al poco rato entró sonriendo Jpetul K'ox, de cabello espinado, sucio, harapiento, descalzo, sus doce años le hacen un niño con mirada inteligente, la delgadez de su cuerpo se envuelve con la red que cuelga de su espalda.

–¡Buenas tardes señores, buenas tardes madre, ya vine! —dijo el muchacho con alegría.

–Bienvenido, buenas tardes hijito, ven criatura —respondieron los señores casi en coro.

El joven Jpetul K'ox fue a colgar su pequeña red en lukuch[2], guardo su flauta con la que alegraba a sus animales y a las montañas; con humildad besó las manos de los menoletik, de su abuelo y su abuela. Sin perder tiempo colocó tz'omoletik[3] para que descansaran los visitantes; el anciano y la anciana se sentaron en medio de la vieja casa para escuchar a los menoletik; éstos como si fueran a rezar, se hincaron frente a la pareja, uno al costado del otro; sus regordetes cuerpos cubiertos por chamarras grises colgadas de sus hombros hacían ver el rito aún más solemne, unieron las palmas de sus manos y las colocaron a la altura de sus corazones. El primer menol Alonso imploró:

–Dios mi gran Señor/ dios padre/ dios madre/ perdónenos/ venimos con humildad/ a postrarnos/ a arrodillarnos bajo sus manos/ bajo sus pies/ a ofuscar sus corazones/ a ofuscar sus mentes/ no se disgusten/ no se enfaden/ la voluntad de nuestro San Sebastián así lo desea/ Él sabe/ Él conoce que entre sus pertenencias tienen un jaguar/ tienen un animal/ tienen un toro que les han regalado/ ustedes conocen/ ustedes saben/ pasó las horas/ pasó los días/ llegó la fiesta de nuestro padre San Sebastián/ queremos que uno de su ganado vaya alegrar la fiesta, a nuestro gran Señor.

La pareja de ancianos escuchaba atenta, solamente seguían con los ojos el movimiento coordinado de los menoletik, que parecían suplicar a los dioses, elevando sus palabras, sus morenos rostros y sus manos al cielo, luego poco a poco bajaban y doblaban la cintura hasta casi besar los encallecidos y agrietados pies de los ancianos, muestra de las arduas caminatas y del paso del tiempo.

De repente, el primer menol sacó de su jelob nuti', de su pequeña red, una botella con pox y un poco de tabaco y lo ofreció a sus anfitriones. El viejo K'ox, con sus manos temblorosas recibió el regalo, lo puso en el suelo, como si lo ofrendara a la tierra y agradecido respondió:

–Señores, gracias, no se hubieran preocupado por mí, no hubieran perdido su tiempo. Mi pequeña producción, los pocos animales que tengo no son míos, son de nuestro gran Señor, nuestro protector. Pueden disponer de uno de ellos para que él también vaya a pagar sus fechorías y su comida. No creo que se perjudique, no va a morirse por servir al patrón San Sebastián.

Ya sentados los visitantes, el anciano ordenó a su nieto Jpetul que sirviera el pox. De esa manera aseguraron bien el compromiso. El Lucero, el toro más querido, era el indicado para alegrar la fuesta en el jteklum. Una vez terminado el pox, los menoletik se despidieron de los abuelos y del niño, se perdieron en la oscuridad de la noche con el corazón alegre porque consiguieron el animal para la montada en el fiesta próxima.

A esa misma hora, en Ch'ate'tik, no muy lejos de ahí. En la casa de los hermanos K'ulej, Sebastián, José, Andrés y Nicolás terminaban de planear otro atraco.

A las diez de la noche, cuando el frío se adueñaba de las montañas, los malvados salieron de la casa de Sebastián, uno con hacha en el hombro y redes vacías, otro con sogas, dos de ellos con escopetas a la espalda. No siguieron el camino habitual. Sólo se les podía ver cada vez que encendían y apagaban las viejas linternas bajo la oscuridad de los árboles. Sigilosamente llegaron por detrás de la casa de don Antonio K'ox, directamente al corral del ganado, los perros no ladraron ni los toros mugieron; Sebastián y José sin perder tiempo, con destreza, lazaron al animal más grande, el Lucero; abrieron las trancas, todo iba de maravilla, habían dado resultado las anteriores visitas para consumar el robo, pero el Lucero tropezó con la puerta del corral y los perros comenzaron a ladrar.

–¡Nos oyeron! Si viene el viejo hay que darle su merecido de una vez —ordenó Sebastián en voz baja.

Los perros ladraban y corrían de un lado a otro para despertar a sus amos, uno de ellos quiso morder a Sebastián, pero éste le cortó la cabeza de un machetazo. Don Antonio se levantó con dificultad, jaló una chamarra y cubrió su cuerpo, recogió unas rajas de ocote y las prendió en el fogón, abrió con mucho cuidado la puerta, caminó rumbo a donde escuchaba los ladridos y sorprendió a los ladrones. Desesperado gritó con voz entrecortada:

–¡Señores! No se lleven mi animal, por favor, por favor...

Sebastián K'ulej odiaba al anciano porque era consejero ritual del pueblo, apuntó su fusil y disparó sin compasión. El anciano K'ox se desplomó sin quejarse.

–¡Esperen, Andrés, ayúdame con este pinche viejo! —ordenó Sebastián.

Andrés y Nicolás se acercaron, sacaron sus machetes y al dejarlos caer con todas sus fuerzas en el cuerpo del anciano, se escuchó cómo tronaron sus huesos. Los hombres estaban bañados en sudor y salpicados de sangre, parecían bestias hambrientas.

–Vamos a acabar con la anciano —propuso Sebastián.

–No, el tiempo nos está ganando, vámonos —respondió José.

En la casa, la abuela y el niño Jpetul lloraban en silencio al escuchar los disparos, algo grave había sucedido.

Al cabo de un rato, cuando la noche quedó en calma, doña Xpet y su nieto salieron al corral alumbrándose con un manojo de ocotes; el perro les lamía las manos y aullaba a su alrededor. Bajo sus pies sintieron la sangre caliente del anciano, se agacharon para mover el cuerpo, pero fue imposible, estaba hecho pedazos. Jpetul se sorprendió ante la facilidad de la muerte.

En la oscuridad de la noche se escuchaba la voz del pequeño Jpetul mezclada con llanto, llamando a los vecinos para que acudieron a ver a su abuelo. En poco tiempo llegaron las primeras personas, encontraron a la abuela y al joven inconsolables, velando el cuerpo de don Antonio.

Mientras, los infames, con dificultad, se internaban con el animal en lo más tupido de la montaña. El Lucero negro ya no quiso caminar por más que le pegaban bru-

---

1. Cargo mediano de la estructura de cargos religiosos.
2. Horqueta de madera donde se sujetan las cosas.
3. Banco de madera.

talmente. Entre cuatro hombres lo jalaban con sogas, fue inútil, el toro en un brinco escapó y echó a correr entre el monte. Quisieron perseguirlo para atraparlo de nuevo, pero la maleza y la oscuridad se hicieron cómplices.

Los asesinos comenzaron a insultarse, se culpaban uno a otros por haber perdido a su presa; desilusionados se convencieron de que no era su noche de suerte y regresaron a sus hogares enfadados.

En el solar de don Antonio las autoridades levantaban el cuerpo destrozado.

Llegó al amanecer, todos lloraban y lamentaban la triste suerte del viejo. Uno de los presentes vio a un toro negro con las patas enlodadas acercarse al corral; arrastraba sogas, resollaba con furia, varios hombres y mujeres salieron a verlo; el animal se detuvo, empezó a mugir, movía la cabeza amenazante, asustado, sus enormes ojos parecían hablar, no se dejó quitar la soga y casi embiste a un hombre, los vecinos murmuraban, "¿Qué significa esto? ¿Cómo se salvó el animal? ¿No será el nagual del difunto?". Sólo Jpetul pudo calmar al toro, el niño le habló con ternura y comenzó a tocar la flauta, de esa manera logró que la bestia entrara al corral.

Ese día el niño Jpetul no llevó a pastar el ganado al monte, tampoco tocó la flauta, fue al panteón a sepultar a su abuelo, su tristeza se convirtió en llanto, su sorpresa en desconsuelo.

El tiempo pareció detenerse en la casa de Jpetul y de doña Xpet, lloraban juntos por las tardes. En tanto, el Lucero se volvió agresivo y solitario, atacaba a sus compañeros e incluso a veces hasta a su pequeño amo, parecía embrujado; pero había que cumplir el último deseo del abuelo; que el animal fuera a alegrar la fiesta del jteklum.

El tiempo pareció detenerse en la casa de Jpetul y de doña Xpet, lloraban juntos por las tardes. En tanto, el Lucero se volvió agresivo y solitario, atacaba a sus compañeros e incluso a veces hasta a su pequeño amo, parecía embrujado; pero había que cumplir el último deseo del abuelo; que el animal fuera a alegrar la fiesta del jteklum.



Serie Comunalidad. Foto: Luna Marán

Pasaron algunos días, una madrugada otra vez los perros despertaron a doña Xpet y Jpetul, ambos temblaban de miedo en su camastro, pensaron en los ladrones que volvían; pero se tranquilizaron al escuchar una voz que con respeto llamaba a doña Xpet; al salir la anciana encontró en el patio a cuatro jóvenes mayoletik vestidos de gala, uno de ellos dijo:

–¡Madre! Venimos a molestar. Nos mandaron los señores regidores y menoletik, si su mente y su corazón se compadece, de proporcionarnos un rato su animal para alegrar la fiesta de nuestro gran Señor, hoy es la montada. Sabremos respetar y cumplir la palabra del difunto don Antonio.

–Sí señores mayoletik, la desgracia nos acompañó con mi difunto esposo; su palabra es respetada y será cumplida, llénvenselo, solamente hagan favor de cuidarlo —expresó la abuela.

Doña Xpet y Jpetul acompañaron a los mayoletik, abrieron el corral; el Lucero al verlos acercarse rasgaba la tierra con sus patas delanteras, mostraba las astas, resollaba violento. El joven Jpetul se acercó al animal y le habló con ternura en un lenguaje que sólo ellos comprendían, así pudieron llevarse al Lucero.

En unas horas en el jteklum se reunió la gente para presenciar la fiesta, los asistentes vieron a la entrada del pueblo que venían los mayoletik con el toro negro, unos adelante, otros atrás del astado jalándolo con sus lazos, corrían los mayoletik de un lado a otro, casi se caían, sus fajas rojas, sus bats'i" vexik volaban por diferentes lados, sus amplios sombreros colgaban en sus espaldas; muchos jóvenes con gritos de júbilo y alegría fueron a alcanzarlos.

Doña Xpet y Jpetul se medio arreglaron para presenciar el último compromiso de don Antonio. Aunque con el corazón destrozado, caminaron rumbo al pueblo, al llegar fueron directamente al lugar de la monta frente al cabildo, se sentaron entre la gente; ya en esos momentos alrededor del enorme corral en forma de cuadrado, construido con maderas recién cortadas, los hombres sonreían, gritaban, balbuceaban en bats'i k'op[4]; alterados por el pox agitaban sus manos y chamarras colgados en las maderas y los postes, el ambiente era de fiesta. Había señoras paradas y otras sentadas para presenciar la montada, lucían sus chukjoles[5] a la cabeza, los trajes impecablemente limpios. Platicaban entre sí, se les veía contentas.

Los viejos alcaldes regidores con sus enormes chuj[6] y bastones del mando en la mano, de donde colgaban listones multicolores, ordenaban preparar al toro Lucero, amarrado dentro del toril. Los mayoletik inmediatamente obedecieron; sujetaron al animal que mugía y mugía; se tiraba al suelo, una y otra vez, para levantarlo unos le rociaban pox en la nariz y en los ojos, otros le mordían la cola, algunos más quemaban cohetes para asustarlo; los parcheroetik[7] debían cruzarle el pecho con la faja roja y las sogas al pescuezo para que el jinete se sujetara. Cada movimiento del animal provocaba la risa entre los asistentes; afuera, los sacristanes hacían sonar su descanso sus tambores y flautas, todo era ambiente de fiesta. Después de tres rondas de pox los parcheroetik y mayoletik habían terminado sus obligaciones, el toro negro parecía cansado, estaba quieto, listo, sólo faltaba el valiente montador.

Un señor de edad mediana, de buena estatura conversaba con los alcaldes, los regidores, los j-abtel jpatanetik; murmuraba la gente, "es el Sebastián K'ulej de Ch'ate'tik".

Después de recibir instrucciones de los viejos consejeros, Sebastián K'ujel se quitó su sombrero y su chamarra negra, los dio a uno de los mayoletik, dobló su faja roja y la amarró a la cintura, le dieron una medida de pox y la tomó con ganas, con gallardía caminó al interior del corral. "¡El señor no se persignó!" Él, muy seguro de sí mismo, agradecía a la gente que coreaba su nombre; de un salto montó el toro negro que forcejeaba con violencia, Sebastián alzó su puño izquierdo en señal de victoria; los asistentes, nerviosos, empezaron a decir: "¡Pobre hombre, morirá! ¿Ya viste? ¡No rezó! ¡Ay Dios mío, dónde están sus familiares!"

Por fin soltaron a la bestia con el jinete en el lomo, los movimientos tan bruscos hacían de Sebastián K'ulej un muñeco de trapo, se movía de un lado a otro al ritmo del movimiento del animal, justo en uno de los potentes brincos, chicoteó el k'ulej contra las enormes astas del Lucero, a la altura del corazón; Sebastián comenzó a bañarse de sangre, poco a poco fue perdiendo fuerza y cayó, pero el pie derecho quedó atrapado en la faja roja y las sogas del animal, las manos y la cabeza golpeaban en la tierra seca. El Lucero siguió con más ganas, salpicaba de sangre a la gente, todos gritaban, veían cómo fue destruida la vida de aquel hombre, nadie intentó calmar a la bestia. Y el miedo aumentó cuando el toro con el jinete colgando dio un salto, saliendo del corral, rematando aún más al pobre hombre con el fuerte golpe contra las maderas. Niños, niñas, mujeres, hombres y ancianos gritaban, corrían agitados por todas partes para esconderse. El Lucero ya en las calles del pueblo siguió brincando, pateando el cuerpo inerte. Los mayoletik perseguían al embravecido animal con lazos en la mano, pero nada podían hacer. Un viejo alcalde se asomó entre la multitud acompañando de niño Jpetul K'ox, éste sacó su flauta, comenzó a tocar mientras caminaba en dirección de su Lucero. El toro se fue calmando poco a poco; ya cerca, con ternura le comenzó a hablar, el animal se detuvo, volteó a ver a su pequeño amo, Jpetul se encontraba frente a frente con la bestia que sólo movía la cabeza y las grandes orejas; los señores mayoletik se acercaron, temerosos lograron desatar el pie derecho del cadáver, lo acostaron a un lado de la calle; familiares y curiosos rodearon al difunto, caso en coro comenzaron los lamentos. Mientras Jpetul se alejó jalando a su Lucero, al toro le colgaba la lengua y espuma blanca le salía por el hocico. El corazón de Jpetul estaba seguro: el hombre que falleció fue el asesino de su abuelo

---

[4] Lengua verdadera.
[5] Tocado de una mujer con faja roja.
[6] Chamarro tradicional de lana.
[7] Encargados de preparar al toro para la montada

Nicolás Huet Bautista, escritor y antropólogo social tsotsil, nació en Huixtán, Chiapas. Ha publicado *El aguardiente: efectos y consecuencias* y *Ti slajebal lajele/La última muerte* (Ediciones del Animal, San Cristóbal de las Casas, 2001, reeditada por Escritores en Lenguas Indígenas A. C., México, 2007). Participó en la seminal antología de nuevos escritores de Chiapas *Palabra conjurada, cinco voces, cinco cantos* (1999).

NIÑO REMOLINO


Serie Comunalidad. Foto: Luna Marán

JORGE ECHEVERRÍA LOPE

I.

–Señor, señor, ¿es su hijo Moson Paal?
–Sí, es mi hijo: ¿quieres hablar con él? Está en su trabajo.
–He venido a acusarle porque siempre que me descuido me tira mi sombrero y cuando intento recogerlo lo empuja más y más; ayer lo hizo otra vez pero cayó al cenote y no pude sacarlo porque la orilla está muy resbalosa.
–¿Fue él quien lo hizo?
–No le vi de frente, pero le reconocí la ropa.
–¿Qué puedo hacer por usted?
–Que me regrese mi sombrero.
–El que cayó al cenote o le gustaría uno nuevo.
–Si pueden sacer el que cayó, mejor.
–No se preocupe, antes de que se oculte el sol se lo llevará.
–Bueno, confío en usted, por lo tanto nos veremos otro día.
Saliendo el señor, Moson Paal se asoma.
–Moson Paal, quiero platicar un momento contigo.
–Un momento... y hasta dos si es necesario, papá.
–Digamos que será uno, nomás que no sé cuánto durará.
–Que importa cuánto dure, papá.
–¿Cómo está lo del sombrero de un señor que el aire tiró al cenote?
–¿De quién me hablas?
–Estaba parado frente a mí cuando intentaste entrar, lo viste y te regresaste; sólo porque estaba de espaldas no te vio, casi te hablo para que te reconozca.
–¿Y qué quiere el señor?
–No gran cosa, muchacho.
–¿Y qué será?
–Quiere su sombrero. Debes sacarlo hoy del cenote y llevárselo a su casa.
–Lo último que dijo lo escuché, pero no te enojes, lo sacaré y se lo llevaré.
–No hagas travesuras porque un día te puede salir alguien que te haga una broma que te hará enojar.
–No ha nacido el que asuste al Niño Remolino.
–Calla muchacho, que no sabes lo que dices, anda y regrésale el sombrero al señor.

II.

Un día, la abuela de una muchacha de la que estaba enamorado vino a acusar a Moson Paal, el Niño Remolino.
–¿Eres el papá de Moson Paal?
–Si señora, soy el papá de ese muchacho. ¿Y ahora qué hizo?
–Señor, he venido a calentarte la cabeza porque estoy cansada de llamarle la atención, casi todos los días pasa corriendo frente a mi casa y levanta mucho polvo.
–El otro día, abuela, viniste a decirme que pasaba muy despacio por tu casa, y asegurabas que molestaba a tu nieta; recuerda, te pusiste muy contenta cuando me escuchaste decir que ahora pasaría corriendo.
–Sí, señor, porque ignoraba los problemas que me traería.
–Abuela, ¿qué deseas ahora?
–Que Moson Paal no levante polvo cuando pase por la casa.
–Se lo diré, nomás que no sé si acepte.
–Ya veré, pues él espía que yo ponga la ropa en la soga; ese diablillo pasa corriendo hasta cuatro veces en ese momento.
–Si te parece, abuela, le diré que te ayude con el acarreo de agua para lavar la ropa, así sentirá el daño que hace.
–Sería bueno, así sentirá el daño que causa.
–Te lo mando hoy.
–Que sea mañana.
Moson Paal tuvo que llevar agua y no volvió a pasar corriendo por la casa de la abuela.
Ahora es una pareja la que lleva agua: Moson Paal y su novia.

MOSON PAAL

I.

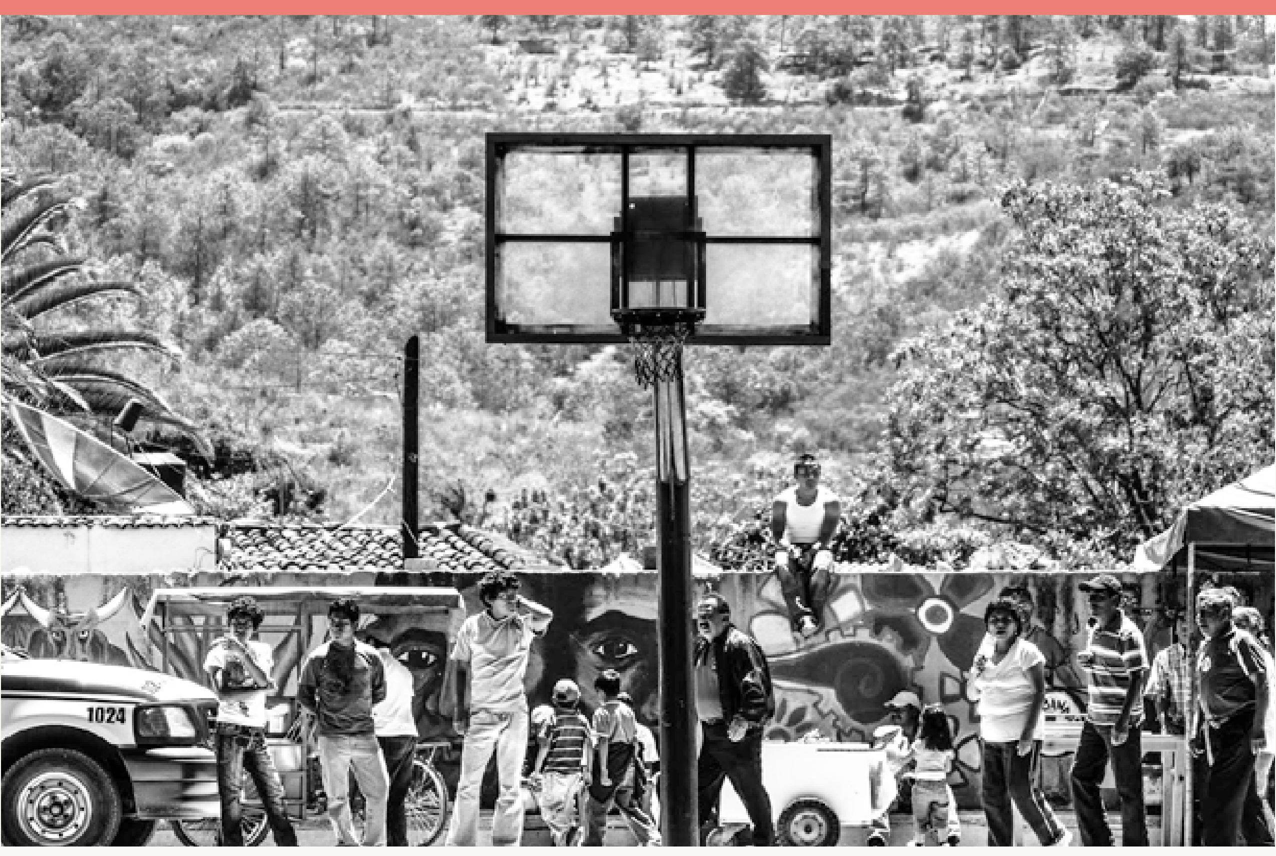
–Nojoch máak a paala wa chan Moson.
–Leti'ba'axe' bija'an meyaj K'abéet wa a t'aan yéetej.
–U jaajile' taalen in tak u pool tumen k'iin ku náaisik in
wóole' ku pulik in p'ook yaan sutuke' ken xáaken in ch'ae tu
ka'a ten u kóocha'tik je' ku ka' bin in p'óoka' jo'lake' tu ka' beetaj
ba'ale' ich dzo' no'ot bin lúubuj kex buka'aj tin beeta in jo'osike'
ma' páatchajen tumen jach jajalki u chi'e ch'e'eno'.
–Ta k'ajóolta wa leti'.
–Jach kin wile' ma' tin wili' u nok' tin k'ajóolta.
–Ba'ax túun je' in beetik ta wóolal.
–Chen ku suut in p'ooko'.
–Le bin ich ch'e'eno wa u jeel túunben.
–Wa ka' p'aatak u jo'osike' beyo' ma' tan xuupe'ex.
Ma' tukultik nojoch máak tu bin k'iin ken su'utuk a p'ooko'.
–Chen tumen tech "alike' kin wu'uyik jaj ma'alo' túun sáamalech.
Ma' sáam xi'ik nojoch máako ka' tíip' Moson paal.
Ko'oten weye' paal in k'aat tzikbal jun súutuk ta wéetej.
–Ma' chen jun súutuki' Yun tak ka' súutuk wa k'abéet.
–Chen jun suutuk ba'ale' ma' in wojel buka' a kun xáantali'.
–Je'el buka'aj ka' x'aanake' yum.
–Bix aník le p'ook bin ch'e'en.
–Máax ka wa'aliko' yum.
–Wa'alakbalen yéetel ka' ta wóotaj okoj ta wile' ta suutaj paach a bin chen tumen kulpaach aníle' ma' tu yilechi' óolak in f'aanech ka' u k'ajóoltech.
–Ba'ax túun u k'áat yumtzilo'.
–Ma' noj ba'ali' xi'pal.
–Ba'ax túuni'.
-Ka' jel sut u p'óok yan a bin a jo'os bejlae' ka' bis taanaj ti'.
–Dzook ba'ax ta wa'ala tio' tin wu'uya ba'aale' ma' k'úuxil je' in jo'osik bis ti'.
–Chan xi'ipaal ma' suut a béet ba'alo'ob beyó tumen jun p'éel k'iine' je' u jóok'oj máax topkeche' ka' yajchak ta wool.
–Ma' síi-jik máax ja'asik yóol Moson paal.
–Mak a chi' xi'ipaj mix a wojel ba'ax ka wa'aliko' ki' xen a suut u p'ook le yumtzilo'.

II.

Uláak' k'iine' u chiich jun túul ch'úupal u k'áat u x-ba'alinte taal u tak u pool.
–Nojoch máak, u taataech wa Moson paal.
–Ten maan, ten u taataen.
–Taalen in tak u pool u dzo'ok náakal in wool in k'eyej, sáansamal le ken k'áatak joo taanaje' jach lu'um ku li'isik ikil u máan áalkabij.
–Tolákiake' taalech tak pool tumen chanbel u k'áataj jooj taanaj te'ex dzo'okole' tu pi'istik a waabil k'a'ajak tech ki'imakchaj a wóol ta wu'uyaj in wa'alik ka' k'áatak áalkabilij.
–Lelo' bey ba'ale' ma'in wojel ba'ax toop ku taasik tin paach.
–Ba'ax túun k-bin beet bejlae' Chiich.
–Chen mu' li'isik ku'un Moson paal ken k'áatak jooj taanaj.
–Yan wa túun in wa'alik tie' ka' suunak máan xiinbali.
–Bix túun ja'ali' bey mu' k'aaskúuntik in p'o' nook'o.
–Je' in wa'alik tie' baale' ma' in wojej wa je' u yóotik u beete'.
–Je' in wilik xane' tumen ku ch'uuktik in dzaik suum in p'o' nook'o u kisinili' tak kan páak u k'áataj áalkabij jun suutuko'.
–Wa a k'áate' Chiich je' in wa'alik ti'ka xi'ik' u puut u ja'l a p'o' nook'o' ku yu'ub u yaajil ba'ax ku beetiko'.
–Mi tak le jeelo' ma'alo' ku yil m'aalo' ba'ax ku beetiko'.
–In túux tech bejle'.
–Maalo' ka túux ten sáamaj.
Bey úuchik, Moson paal'e anchaj u bin chup ja' dzo'okote' ma' suunaj máan áalkabij jooj taanaj u Chiich.
Kex ma' jach ki' yóol u Chiiché.
Bejlae' múulan puut ja' ku beetik Moson paal yéetel u x-ba'al.

Jorge Echeverría Lope, comerciante y escritor maya, nació en 1947 en la hacienda Chunkanán, Cuzamaná, Yucatán. Ha publicado *Buukinte Nook'a'/Ponte esa ropa, X-La'a-Boon-Suumij/ Vieja huella de soga y Moson paal/Niño remolino.* Participó en *Palabras de los seres verdaderos*, antología de escritores indígenas contemporáneos editada por Carlos Montemayor y Donald Frischman (University of Texas Press, Austin, 2004).

LA ÚLTIMA DANZA



Serie Comunalidad. Foto: Luna Marán

ISAAC ESAU CARRILLO CAN

Tan pronto el sol es devorado en el poniente, los pájaros miran a la mujer que se acerca a ellos; parlotean de felicidad, buscan sus nidos para estar cómodos, para presenciar las danzas, los cantos y las uniones en matrimonio que celebrará esa gran mujer.

El aprendizaje puede venir de cualquier cosa que observe el hombre: cierto día vi que un pequeño pájaro cayó de su nido; la pobre madre estaba desesperada, arreglándoselas para subirlo de nuevo. Sus esfuerzos eran en vano porque su cría pesaba mucho. Aún así, luchando por liberar a su hijo de la muerte, ella cantaba. Me acerqué a ellos pero la madre voló.

–No tengas miedo —le dije—, te voy a ayudar a subir a tu cría.

Pero como no entendió mis palabras, observó lo que yo hacía mientras agitaba las alas como queriéndome decir algo. Tomé al pequeño pájaro y aunque me costó trabajo treparme al árbol, me esforcé para llegar al nido. Tan pronto llegué ahí, casi me fui de espaldas con lo que me encontré: el otro pájaro que estaba en el nido ya había sido devorado por una enorme serpiente ratonera. La muy desgraciada se estaba relamiendo cuando la tuve frente a mí. En ese momento olvidé que me había costado trabajo subir y, en un abrir y cerrar de ojos, bajé con el pájaro en mano. Lo puse en el suelo y le dije a su madre:

–Te quise ayudar, pero no pude.

–No hubieras hecho nada, yo sabía qué era lo que debía hacer —me respondió para mi sorpresa.

Cuando vi que la serpiente se aproximaba arrastrándose, tiré al primero de ellos, y sólo bajé para ver cómo estaba, pero tú me atrasaste, yo no sabía qué intenciones tenías con mi cría. Ahora no volveré a mi nido porque seguramente ya habrán devorado al otro.

Por mucho rato estuve meditando acerca de lo ocurrido. En verdad, todo tiene una razón de ser. Cuando se lo conté a mi padre, me dijo:

–No te preocupes, hija, esas cosas suceden, a todo lo que habita en el mundo le llegará el momento de que se le extinga la vida y hagas lo que hagas, no podrás apartarte de la muerte.

Otra de las cosas que observé, gracias a mi padre, fue a un gusano arrastrarse en la tierra.

–Acércate a ver esto —me dijo.

¿Qué es?

–Observa.

El gusano se arrastraba sin prestar atención a lo que se le atravesara en el camino o en lo que tuviera cerca. Se arrastró hasta atravesar la calle, era entonces el medio día y el sol calentaba en total plenitud.

–Si no muere porque alguien le ponga los pies encima, morirá por el intenso calor del sol —dije.

–No te precipites, hija, nadie sabe lo que ocurrirá en su vida. Si él supiera que morirá al atravesar el camino, seguramente no saldría.

Cuando estábamos observando al gusano, quién sabe de dónde salió una nube que le tapó la cara al sol. El gusano aceleró el paso y cuando estaba a punto de lograr su objetivo, la nube se hizo a un lado. En el instante en que el sol mostró su rostro nuevamente, el gusano ya había pasado, para su buena suerte no hubo ningún caminante en aquel momento.

–¡Pasó, lo logró! —dije dando aplausos de alegría.

–Espérate —dijo mi padre.

No sé de dónde salió un méndigo gallo que se lo tragó de un solo piquetazo.

–La vida es así, hija, hay momentos en que la libras, pero llegará el día en el que, sin pensarlo, tendrá que darle tu espíritu al cielo y tu cuerpo a la tierra. Eso así sucede, hoy estamos vivos, mañana no sabemos.

Las palabras de mi padre fueron ciertas. El día que uno menos lo espera, suceden cosas de sorpresa. Hubo una conversación con mi padre que atrapé dentro de mí hasta el final de mis días:

–Hija, con frecuencia sueño con tu madre.

–¿Cómo sueñas con ella?

–La veo siempre joven, los años no pasan por ella.

–¿Y qué dice? Yo hace mucho tiempo que no la veo, pero también he soñado con ella.

–Lo sé, hija, pero no la volverás a ver. Como ya rebasaste la edad que ella tenía cuando murió, no podrás verla de nuevo.

–¿Por qué?

–¿Cuántas veces has visto que una madre tenga una hija mayor que ella?

–Nunca.

–Entonces es por eso. Yo estoy considerando irme tras ella, no quiero ser un viejo para tu madre. Todavía le gusto, en mis sueños nos vamos de paseo a muchos lugares, recordamos viejos tiempos, recordamos todas las danzas que hicimos juntos.

–¿De verdad te irás con ella?

–De verdad, hija.

–¿Y yo?

–Tú te quedarás. He sembrado en tí la gran semilla de las danzas, tú harás que se multiplique en el mundo. Antes, únicamente a mí me conocían como el principal de los danzantes, pero ahora ese título te corresponde a tí y nadie podrá quitártelo.

-Quiero irme con ustedes...

–Hija, nosotros sólo fuimos un instrumento del Creador para que existieras, únicamente fuimos el medio. Esto es como la semilla de la vida, es necesario que su rostro sea sepultado en la tierra, es necesario que ahí realice la danza de la muerte. Pero si triunfa, sus retoños asomarán a la superficie. Crecerá como una planta, será fuerte y también tendrá frutos, siempre estará lleno de ellos porque aprendió a triunfar antes de nacer. Por eso piensa que los que se van, no se van en vano, piensa en los tuyos. Cuando llegue el momento de que también te vayas, deberás estar lista para ello. Yo sé que no será difícil para ti, estás bien instruida, no te perderás en el camino.

–Entonces, deseo que tengas una buena travesía, padre. Llévale mis palabras también a mi madre, dile que no se olvide de mí, dile que por lo menos me visite una vez al año. Pero si estás con ella, ambos visítenme, por favor.

–Sí, hija, no te preocupes, siempre estaremos pendientes de ti.

Cuando mi padre se recostó para dormir aquella noche, ya no despertó. Como ya habíamos platicado sobre los motivos de su partida, no me puse tan triste. Yo sabía que le irá bien, que estaría feliz porque se había ido con mi madre.

Organicé en el pueblo una danza a la que llamé La Danza de la Muerte. En ella salía un hombre ataviado de ricos trajes y hermosamente adornado de accesorios. Era el Señor de la Muerte, que tenía en la mano un trozo de madera puntiaguda. Junto a él salió otro hombre que demostraba mucha alegría. Al empezar la música simulaban una batalla, intentaban golpearse entre sí, pero ambos se evadían mostrando su fuerza. En esta danza nadie se sabía el final, nadie sabía quién iba a triunfar. Cada vez que se representaba era distinto, en ocasiones el hombre mostraba mayor fuerza y sometía al Señor de la Muerte pisándole la cabeza, pero había ocasiones en las que éste lo derribaba y se lo llevaba con él. Esta danza la armé así porque en la realidad así es como sucede.

El canto para La Danza de la Muerte dice así:

"En la noche nace el hombre, en oscuridad anda a gatas palpando el suelo para sustentarse, en la noche nace el hombre, en la noche cae del árbol que lo fecunda, en la noche le es regalado su espíritu, en la noche también sale a sus andanzas, en la noche también se va para nunca regresar".

Desde que inventé esta canción la canto sin saber cuándo será el día de mi propio fin. Mientras tanto, la seguiré cantando hasta que se derritan las palabras que salen de mi boca o cuando un fuerte viento apague el sonido de mi voz

Isaac Esau Carrillo Can, narrador maya originario de Peto, Yucatán. Publicó *U yóok'otilo'ob áak'ab/Danzas de la noche* en 2011 (Dirección General de Culturas Populares, México).

EL REGRESO DE DON ARTEMIO LIÉVANO



Foto: Luna Marán

JOSÍAS LÓPEZ GÓMEZ

Vivían contentos, estaban felices. Aunque se escuchaba de problemas en las aldeas, no era para alarmarse, entre todos buscaban una solución. Los *bats'il winiketik* andaban de aquí para allá sin que hubiera alguna sombra que les persiguiera.

Oxchuc era apenas municipio libre. Don Artemio Liévano: un hombre mestizo, cruel y odioso regresó a vivir allí. Todos hablaban de él, decían que desde siempre era malo, porque su padre también lo había sido. No le faltaban motivos para pegar con su fusta. Detenía injustamente a los pobres *bats'il winiketik*, los encarcelaba y vendía con los mafiosos enganchadores de los finqueros alemanes. Cobraba una suma convenida por cada trabajador que reclutaba, otra cantidad por cada desertor que aprehendía y retornaba a la finca de donde escapaba huyendo del maltrato. Tenía bajo su control la venta de aguardiente. Había amasado una fortuna. Nadie podía vivir con esa terrible situación, mucho menos dormir con tranquilidad. Eso quemaba la piel y la esperanza de vivir.

Por todas partes se oían lamentos y rechinar de dientes. Los principales sembraron trece velas en el cerro sagrado de *Ijk'alajaw.* Pidieron al todopoderoso *Ajaw,* el creador de los *bats'il winiketik*, fuerza y valor para sobrevivir, suplicándole que don Artemio se dedicara a hacer otra cosa. Pues lo único que sabía era portarse mal: robar, violar, maltratar, era su mejor vicio, su mejor pasatiempo, su mejor diversión.

Pronto demostró el exceso de su maldad. Ordenó pagar alcabalas por cualquier cosa que se vendiera en el pueblo. Mandó al presidente municipal a que aprehendiera a cualquier *bats'il winiketik* que transitara y cayera por las calles en pleno estado de embriaguez, para luego liberarlo tras el pago de una multa o un día de trabajo forzado. Acaparó de nuevo la venta de aguardiente, puso bajo su control los fuertes contratos de los poderosos intermediarios de los dueños de las fincas cafetaleras. Era como un roedor, se metía por todas lados; sus barbas, sus manos rechonchas daban miedo. Tenía una mirada de búho, la del *Yabat pukuj,* el mensajero de la muerte. A pesar que bebía poco el aguardiente, se veía embriagado por su desdichada ambición.

Los *bats'il winiketik* de Oxchuc se sintieron humillados, sin ganas de trabajar. Varios pensaron dejar sus tierras, sus casas, que era mejor largarse a otro lugar. Los viejos no quisieron. Dijeron que era fácil huir y abandonar la tierra donde nacieron, pero solamente un cobarde lo haría.

–No entregues ni abandones jamás la tierra donde reposan los restos de tus antepasados, donde descansarán el cuerpo de tu padre y tu madre —manifestó el *Kátinab,* el principal jerarca de los *bats'il winiketik*.

Nadie lo contradijo, todos estaban obligados a aceptar sus palabras, era un hombre respetado, sólo hablaba cuando tenía que decir algo verdaderamente importante.

Una noche se acostó en su camastro, durmió bajo el cielo estrellado. En su sueño tuvo un encontrón de cuerpo a cuerpo con don Artemio, le amenazó de muerte. Se levantó triste, contó las visiones de su alma a su mujer, quien quedó perpleja, boquiabierta, con la boca tan abierta como el bostezo de un niño hambriento, apretando las manos tan fuerte cómo si deseara romperse algún dedo.

–Los suelos se vuelven realidad —dijo después ella.

El *K'atinab* habló a los hombres, les dijo que habría sufrimiento, que el poder de la palabra de don Artemio disminuiría, tristeza habría entonces. Los viejos aldeanos se ofrecieron para luchar, pero el *K'atinab* no quería viejos, sino jóvenes. Escogió a los trece mejores hijos, los preparó para desalojar al usurpador. Una tarde, los jóvenes empuñaron sus refulgentes hachas y machetes, se dirigieron a la encrucijada donde acostumbraba pasar don Artemio. Se escondieron entre los matorrales, no sin antes tomarse unos sorbos de aguardiente, no tanto para suavizar el frío de la noche, sino para tener valor. Esperaron toda la noche, sin darle tiempo al sueño. Cuando el padre sol hacía su aparición vieron a una persona acercarse.

–¡Prepárense, ahí viene don Artemio! —dijo el *Ch'uy k'aal,* segundo jerarca.

En lugar de luchar contra él, todos corrieron aturdidos. El *Ch'uy k'aal* huyó antes que lo mataran, regresó caminando como sonámbulo. En verdad nadie quiso arriesgar su pellejo, sabían que don Artemio era un ser inmortal.

–¿Y tus compañeros? —preguntó la mujer.

–Huyeron, se asustaron con facilidad.

–¿Qué pasará con nosotros?

–No lo sé, vamos a esperar.

Peregrinó de aldea en aldea buscando jóvenes que le ayudaran, pero nadie estaba dispuesto, nadie quería pelear con don Artemio. "No, no puedo acompañarte", decía uno tras otro. Un día se reunieron nuevamente los jerarcas.

–No podemos seguir así, aplastemos a la serpiente, acabemos a la comadreja de camino—dijo el *K'atinab.*

–Es imposible, los jóvenes no quieren nada, temen a la muerte —contestó el *Ch'uy k'aal.*

–Si es así, la vida ha terminado. Ahora empieza la sobrevivencia. Huyamos, echemos a nuestra espalda a los niños, atemos a nuestros animales y corramos como conejos asustados y no como buenos guerreros. Ocultémonos entre las sombras de los árboles, metámonos en la profundidad de las cuevas. El hombre que tomó nuestro pueblo se adueñará de todo, viviremos esclavos.

El *Ch'uy k'aal* se sintió confundido, avergonzado, con deseos de llorar. El dolor de la partida sería terrible, como la mordedura de una *ajaw chan,* serpiente divina.

–¿Qué es lo que tenemos qué hacer para vencerlo? —preguntó luego.

–Recurriré a una de nuestras hijas, la más bonita, la más joven. Que sea ella quien destruya el poder del mestizo.

Se pusieron a buscar entre sus hijas a la más encantadora, la más hermosa. Llamaron a Maya, una linda doncella, huérfana de padre desde temprana edad. Nadie podía objetar el adorno de su persona, tenía unos ojos relumbrosos: negros como dos noches sombrías. No se podía hallar en cualquier parte.

–Maya, escúchanos —dijo el *K'atinab.*

–Sí, los escucho.

–Voy a hacerte una súplica, a pedirte un sacrificio, quizá muy grande. El tiempo se ha agotado. Arriesgaremos la vida por nuestra libertad, sólo así no seremos esclavos hasta el final de nuestros días. Bailarás, Maya, bailarás. Porque una mujer que baila es libre. Levantarás las rodillas a lo más alto, bambolearás la cabeza con más fuerza, agitarás tus nalgas con más gusto. Sólo así vivirás largamente y tu vejez será alegre, porque tu esencia, tu *ch'ulel* brillará en la oscuridad de la noche. Volverás a ser la niña que danzaba cuando apenas aprendía a caminar. ¿Quieres darnos esta prueba de cariño?

–Haré lo que me piden –contestó con mirada dulce, sin rastro de miedo, aceptando con ese espíritu natural de las mujeres mayas tseltales.

–Sólo así nuestros dioses responderán a las cosas que nos preocupan.

Los principales pidieron a los jóvenes que nadie se encaprichara con ella, sólo así no se profanaría el lenguaje de los seres venerables. Acordaron concentrarse en el camino real, donde el hombre mestizo acostumbraba pasar todos los días. Comenzaron su ayuno para estar limpios ante el acto sagrado. Llegó el día. Maya, la mujer tortilla, trenzó su cabello con listones multicolores, se vistió con su mejor huipil y nagua azul larga, se perfumó con plantas aromáticas. Se pudo guapa, radiante como el sol matutino. Los principales se colocaron alrededor del cuello una manta blanca, se vistieron con sus huipiles de gala. Partieron por la vereda pedregosa hasta llegar a un cruce de camino. El *K'atinab,* el hombre de más edad, dominante y respetado, ordenó que prepararan la ceremonia. Pusieron una mesa, tapizándola con juncia olorosa y verdosa, sobre ella colocaron dos ollas de chicha. Ataviaron a la cruz de madera con plantas de pino, cubierta de helechos y flores multicolores. Las luces de las trece velas blancas, largas y gruesas, relucían como nunca, dos incensarios de barro humeaban. Apareció en el camino un hombre de elevada estatura y pecho ancho, avanzaba como abriendo surcos en los matorrales que tenía delante.

–¡Es don Artemio! —exclamó alguien con asombro.

–¡Hay que ver cómo viene! —comentó otro.

Se escuchó el *tam tam* de un tambor, pronto los músicos iniciaron el canto suave y puro de la Madre Tierra. Los principales se prepararon con sus sonajas y movieron los pies. Apareció Maya con su deslumbrante hermosura. Levantó su huipil, dejó ver por completo su pierna derecha. La belleza de su sonrisa, la transparencia de su mirada llamó la atención. Movió sus fornidas caderas, comenzó su danza peculiar, iba de un lado para otro, como si fuera una tortolita, enseñando su pierna bronceada. Se veía hermosa con sus trenzas negras sobre la espalda y sus grandes moños de listones anchos. Era una fiesta grande y alegre, con tronidos de cohetes. Don Artemio no se detuvo, pasó de largo entre la multitud sin desviar la vista. Fue cuando el principal le dio alcance y se puso a su lado.

–¿Ya vino usted, señor? —preguntó.

–¿Sabes a lo que vengo? —inquirió con sus ojos exudando crudeza y peligro, no mostraba ninguna sombra de temor.

El principal asintió con la cabeza y le besó la mano, señal de respeto.

–Ha llegado el momento de adueñarme de este territorio. Serán mis mozos para siempre —dijo con su voz áspera, que carecía por completo de amabilidad.

–Está bien, mi señor. Por favor, quédese un rato con nosotros.

–No, no debo estar en sus fiestas.

–Señor, sólo será por un rato, después iremos con usted hasta su casa.

Empujó al principal para que no estorbara sus pasos y continuó andando a buen paso, muy decidido hacia su destino. La alegría de las voces de la multitud llegó a sus oídos, se detuvo, volteó la mirada para presenciar la fiesta. Los ojos se desplazaron hasta Maya que danzaba ávidamente con su pierna bronceada y descubierta, sus pechos se movían al ritmo de sus pasos, sus labios carnosos mostraban una pequeña sonrisa. Fijo en ella, olvidó por completo lo que había ido a hacer. No quitó sus ojos de las piernas pulposas y perfectas de la doncella bailarina, aspirando su suave fragancia. Pronto su expresión cobró brilló y serenidad al sentir la cordial acogida.



Foto: Luna Marán

–Veo la fiesta y sus rostros alegres, creo que estaban esperando mi llegada. Me sentaré entre ustedes y me quedaré aquí esta mañana. No hay nada mejor que una fiesta así —exclamó.

Se sentó con los ojos puestos en las piernas de Maya. El principal tomó una jícara y la llenó con chicha, la bebida de los *bats'il winiketik* .

–Aquí está mi señor, beba con nosotros —dijo el principal.

Don Artemio la aceptó con tranquilidad y bebió silenciosamente. Se acercó Maya, murmuró al oído del principal.

–No beba mucho, deje que el mestizo se emborrache, aprovecharemos esta única ocasión para detenerlo.

–Sólo probaré un poco —contestó el principal.

Don Artemio siguió bebiendo y conversando ávidamente como si formara parte del grupo, mientras los principales simulaban beber mucho. No tardó en emborracharse, perdió la noción del espacio y del tiempo. Quedó inconsciente, incapaz de hablar y caminar.

–¡Qué haremos con él? Se rindió en nuestras manos -preguntó el *K'atinab.*

–Esconderemos su pistola y su fusta. Veremos qué hace cuando recobre los sentidos —respondió el *Ch'uy k'aal.*

–Está bien —dijeron todos.

Don Artemio estaba embotado de chicha, tendido de espaldas, caían hilos de saliva por las comisuras de su boca. El día llegaba a su fin cuando volvió en sí. Vio por todos lados, como buscando algo. Se levantó con el cuerpo estropeado, con temblores en los músculos de la cara. Tentó su cuerpo para asegurarse de tener sus objetos comunes: la pistola y el chicote, verdaderos símbolos de su autoridad y de su mal genio. Tan pronto vio que no tenía nada se demudó mostrando una expresión de dolor y espanto, acababa de cometer un grave error. Lo único que recordaba era las bellas piernas de la joven antes de emborracharse. Se sentó en una piedra, esforzándose por recuperar la calma. Después preguntó por sus cosas.

–Mi señor no hemos visto nada.

–¡Quiero que me las regresen! —dijo todavía furioso.

–Mi señor, no sabemos nada de sus cosas. Créame, mi señor, no sabemos dónde las dejó.

–¡Me han tendido una trampa! –increpó al *K'atinab,* se volvió airadamente hacia él, alisando su chaqueta con un ademán nervioso.

–¡Hoy se acabaron tus días! —dijo el *K'atinab.*

Por primera vez en su vida no sabía qué hacer, perdió el control. Retrocedió para alejarse del grupo, pero la gente se abalanzó sobre él y lo sujetaron desde atrás. Trató de apartarse de los empujones, pero alguien lo tomó de la camisa para atraerlo. Lo balancearon como una hamaca y lo dejaron caer sobre el suelo. Pidió humildemente que lo dejaran ir, que jamás cometería más barbaridades. Se acercó Maya, quien le trincó la punta de su propia pistola frente a los ojos para que la viera a través del cañón, como su padre muerto lo había visto a él.

–No me mates, mujer —pidió clemencia, la misma que debió pedir el padre de ella—, no me mates.

Estaba muy asustado, pero todavía tuvo fuerzas para darle una patada en el pecho a Maya, quien cayó de espaldas. No tuvo fuerzas para darle otra, el miedo volvió a ahogarlo y dejarlo inmóvil en el suelo. Maya se levantó con pistola en mano, la puso detrás de la oreja de don Artemio, el lugar donde él le dio el tiro de gracia a su padre.

–¡No me mates, por favor!

–¡Ruega cabrón! Quiero que mueras rogando como lo hizo mi padre —dijo Maya.

–¡No me mates, mujer!

Quedó quieto como un cadáver. Lloró, sus lágrimas salpicaron la tierra y pidió humildemente que lo perdonaran. Maya levantó la cara al cielo para apretar el gatillo. Entonces vio al *K'atinab* que la observaba sin moverse, atento y majestuoso como representante eterno de los *bats'il winiketik.*

–No está bien pelear con una pistola cuando el otro no la tiene –dijo el *K'atinab* a Maya, quien no pudo disparar.

El espíritu de don Artemio aceptó la derrota, se paró y dio unos pasos nerviosos sin dejar de mirar alrededor. Nomás estuvo alejado, corrió y se retiró. Así acabó el mito del mestizo que era un hombre grande y poderoso, un ser inmortal. Desde aquel día, rara vez se le volvió a ver en las calles del pueblo, nunca más pisó las aldeas

| **Josías López Gómez,** narrador y escritor tseltal, aunque el asegura: "He tenido la oportunidad de publicar mis obras, pero no soy escritor". No obstante, es autor de espléndidos relatos, como "El ladrón de palabras", publicado en Ojarasca dos décadas atrás. Sus libros son *Sakubel k'inal jachwinik/La aurora lacandona, Spisil k'atbuj/Todo cambió, Ak'op ch'ulelal/Palabra del alma, Sbolilal k'inal/Lacra del tiempo y la novela Te'eletik ants-Mujer de la montaña.* Participó en la antología *Palabra conjurada*, a cargo de José Antonio Reyes Matamoros (Ediciones El Animal, 1999). También es coautor del *Diccionario multilingüe* (*español, tseltal, tsotsil, ch'ol y tojolabal*), coordinado por Pablo González Casanova E. (Siglo XXI, México, 2006).

EN UN ABRIR Y CERRAR DE OJOS

LAMBERTO ROQUE HERNÁNDEZ

Me volví viejo en un abrir y cerrar de ojos. Estoy marchito. Ni cuenta me di cómo se me fue la vida. O más bien cómo se me sigue yendo poco a poco. Cuando mi papá me decía que viviera mi juventud porque no es eterna no lo entendía muy bien. Me valían madres sus consejos. Uno de joven no escucha, pues. Porque uno cree que tiene el mundo en sus manos. Y aunque sí viví como quise, pienso, aquí estoy ahora. Solo.

Esta casa es muy grande para mi solito. Está habitada de voces sin dueños. Llena de sueños mochados. Todos esos árboles que mi abuelo plantó han hecho del patio un gran bosque. Un lugar lleno de sombras en el que habitan almas en pena. Gentes que se fueron sin despedirse, decimos por aquí. No sé si será verdad pero los vecinos me han dicho que han visto gentes o sombras que deambulan entre los árboles por ahí de la media noche. A los muchitos del pueblo les da miedo pasar por aquí por la casa que porque le tienen terror a los fantasmas. Y también a mí.

Como es costumbre, desde hace tiempo los de aquí del pueblo hablan mal de mí. Me critican porque vivo solo. Dicen a mis espaldas que embaracé a mi finada hermana y que se murió de vergüenza sin haber parido a mi hijo sobrino. Dicen que no estoy pensionado por el gobierno, sino que hice un pacto con el diablo y por eso tengo mis dineros guardados. Dicen que ando con hombres o más bien que anduve con ellos en mis tiempos de joven. Hasta dicen que siempre me han gustado los chamaquitos. Cabrones chismosos. Habladurías de esta mi gente. Aunque, sea como sea, me cuidan porque aquí en el pueblo aún tenemos eso de echarnos la mano los unos a los otros. De repente me traen un atole o un taco, más que nada los días domingos. En los días de fiestas me traen mi chiquigüite con presente. Por eso no hago caso a lo que dicen de mí. De por sí así es.

Eso de estar solo está de la chingada. Ahora sí lo estoy resintiendo. Más que nada por las noches cuando me voy a dormir. Hay veces que quiero hablar con alguien y platicar de lo que sea. Quiero abrazarme de algo o de alguien, aunque sea de una pesadilla porque hasta estas me han estado escaseando. Quiero amanecer con alguien aunque sea para que me reclame por los ronquidos que doy y por mis olores de viejo. Pero pues ni modos.

Un día de estos me voy a levantar a la media noche para perseguir esas sombras que dicen que andan por mi patio. Hasta a lo mejor me vuelvo una de ellas prontamente.

Pude haber tenido una familia grande, hijos, nietos y yernos pues. Pero me forjé un destino, carajo. No quise compromisos y me dediqué a vivir como yo pensaba que era la manera. Tuve al amor de mi vida, el que todos tenemos una vez en la vida. Y lo dejé ir. Se la llevo Artemio. Se fueron pa'l otro lado. Y allá hicieron su vida. Se la llevó porque a él le sobró lo que a mí me falto en ese tiempo. Dinero y huevos.

Aunque pues, ahora que ya estoy más pa'llá que pa'cá volteo atrás y me doy cuenta que tuve una vida digamos normal. Digo más o menos porque no me casé ni tuve chamacos. Y aquí en este pueblo olvidado por dios si no haces eso, te miran como a un ser raro. Decidí no echarme ningún compromiso formal y he vivido de amores rentados. Encontré más placer en esos momentos fugaces de camas olorosas a sudores de otros y en la emoción de tener a quien fuera, por unos pesos a cambio. Así me gasté. He tenido más mujeres que cualquier hombre de este lugar. Estoy seguro. Aunque hayan sido pagadas. Amores de paso. Aventuras de un día. De una cama. De un lugar. Amores que no dejaron marca de amor ni en mi cuerpo ni en mi corazón.

Trabajé en la compañía de electricidad por casi cuarenta años. Como comía y como del gobierno, pues nunca le protesté. Puse oídos sordos a todo lo que se hablaba de éste y no voltee a mirar las desvergüenzas de mis jefes y compañeros de trabajo. Fui parte de este sistema que hiede y descompone al país. Siempre ha sido así. Jamás protesté. No pude morder la mano que me dio y aún me da de comer. Migajas.

Hasta hoy no necesito más que tranquilidad. Sé que cuando me vuelva una sombra más en la espesura de este mi jardín de almas en pena, no habré dejado compromisos pendientes. La casa ya está, de palabra, dada al municipio para que pongan un centro cultural cuando yo ya no esté. O que hagan con ella lo que se les dé su rechingada gana. El pueblo se encargara de cuidar o de tumbar mis árboles. Porque por estos rumbos son muy buenos para eso. Yo ya no estaré para verlo.

En fin pues, hasta hoy no necesito más que los jueves a las once. A esa hora es cuando llega la moto taxi a la puerta de mi casa. A esa hora y ese día es cuando el corazón me late y me recuerda que sí, aún estoy vivo, aunque viejo y marchito. Todos los jueves a las once es cuando me quema la bolsa ese rollito de billetes de a cien que guardo con esmero. Mis ahorros yéndose semanalmente. Hasta hoy, eso es sólo lo que me importa, ver desde las rendijas de la cerca llegar a Candelaria –porque así me dijo que se llama. Tal vez ni es su mero nombre– bajarse garbosa de la moto taxi y dirigirse a la puerta de entrada. A ella la necesito en estos días, una vez por semana, cuatro veces al mes. Para que me ponga la tina de agua calientita debajo del mangal y me bañe primero, y ya después de limpio cambie el agua y se meta conmigo a abrazarme entre sus piernas, como si me estuviera pariendo al medio día. Así hasta que sueño que ella se ha ido. Le pago para que sus manos jóvenes me limpien de todo mi pecado. Porque es para lo único que le sirvo ahora. Le hace el amor a mi cuerpo arrugado con sus alargadas manos. Tibias y suavecitas. Yo no le hago nada. Sólo me dejo llevar y tocar por el precio que pago. Eso me basta. Porque de lo demás que debería hacerle a estas alturas de mi vida, son una bola de recuerdos lejanos.

La traigo hasta acá. Ella vive y trabaja en la ciudad. Tenemos un trato de jueves por cuatro horas. No más. Y después dos horas de almuerzo juntos en la fonda de la carretera. No más. Así puedo mirarla enmarcada de manera distinta. Y reírnos juntos de las miradas cabronas que nos avienta la gente. Han de decir pinche viejo inservible. Rabo verde. Pero ni a ella ni a mí nos importa porque estamos apalabrados. Sabemos que el mundo lo tenemos en nuestras manos cada jueves de cada mes, por el tiempo pagado. Ni más ni menos.

Me hice viejo en un abrir y cerrar de ojos. Casi ni cuenta me di. Desde este oscuro rincón de mi bosque espero a escuchar el ruido de la moto taxi trayéndome a mi Candelaria

Serie #Amor Comunal. Foto: Luna

Lamberto Roque Hernández, escritor y maestro zapoteco de San Martín Tilcajete, Ocotlán de Morelos, Oaxaca. Radica en Oakland, California. Colabora en *Ojarasca* y ha publicado *Cartas a Crispina* y *Here I Am.*

VS. EL COUNTRY CLUB DE MÉRIDA

“¡CHABLEKAL NO SE VENDE!”

GLORIA MUÑOZ RAMÍREZ



Poblador de Chablekal en las tierras ocupadas. Foto: Iván Castaneida

CHABLEKAL, YUCATÁN. Por estos rumbos de la región maya, la tierra es cada vez menos de quien la trabaja. La especulación voraz y el despojo de tierras y recursos naturales es la cotidianidad desde hace dos décadas. La venta de tierras ejidales, que no funcionó en otros lugares, aquí es un hecho. Los grandes anuncios espectaculares con anuncios de nuevos centros comerciales y lujosos fraccionamientos acompañan todo el camino hacia el pueblo de Chablekal, a unos 20 kilómetros de Mérida, espacio privilegiado para quien desea vivir fuera y cerca de la ciudad.

Pero no todo es venta. En esta pequeña comunidad se conformó un movimiento de pobladores y pobladoras que se organizan para defender la tierra en la que llevan décadas viviendo, aunque no sean ejidatarios. Que paren la venta de las tierras, es la exigencia, y para eso se han organizado en asamblea 250 personas, entre hijos de ejidatarios y no hijos, pero que viven en esta comunidad y por lo tanto son parte de la misma.

“El Yucatán Country Club cuenta con casa Club con campo de golf de 18 hoyos, piscinas, restaurantes, bares, spa, ludoteca, canchas de tenis, padel tenis, lagunas, hermosas áreas verdes y paseos arbolados. Vendo terreno en 415 dólares el metro cuadrado”, se lee en internet. La venta es sobre las tierras por las que les pagaron seis pesos por metro cuadrado a los ejidatarios y sobre las que construyeron el lujoso club. “No más”, señalan dos integrantes de la Unión de Pobladoras y Pobladores del Pueblo de Chablekal por el derecho a la tenencia de la tierra, el territorio y los recursos naturales.

Dentro del rimbombante Country Club se despliegan aproximadamente 50 fraccionamientos. Son 500 hectáreas de lujo cercadas, en las que los antiguos dueños trabajan como jardineros. “Eran tierras cultivables, con fauna que se quedó encerrada ahí”, señala la Unión.

Para terminar con la especulación y venta de tierras, la nueva organización –tiene apenas poco más de un año de haberse conformado– exige que “se reconozca el derecho que tienen todos los pobladores, avecindados, comuneros y posesionarios sobre las tierras y seamos incluidos en la toma de decisiones. Exigimos a la Procuraduría Agraria que deje de solapar todas esas ventas que se han hecho de manera ilegal y tramposa. Le exigimos que sea una autoridad que garantice el derecho de todas y todos”.

Entrevistados en las oficinas del equipo de promoción y defensa de los derechos humanos Indignación, que los acompaña en la parte jurídica, los integrantes de la Unión explican que el movimiento se conformó “porque desde hace 20 años la población en Chablekal se ha visto afectada por la venta indiscriminada de las tierras por parte del ejido a los empresarios para hacer grandes construcciones privadas y zonas residenciales”. Chablekal contaba antes con 40 mil hectáreas y actualmente sólo tiene mil.

Las tierras de la región no son mecanizables pues han sido trabajadas durante mucho tiempo, pero aún hay partes vírgenes y son precisamente las que están defendiendo. “Si las tocan ya no tendríamos ningún pulmón”, aseguran.

El movimiento de pobladores no pretende ser parte del ejido, sino sólo que “se nos respete el derecho al goce y disfrute de la tierra que queda y que ya no sigan vendiendo”. “Que lo que no sea vendido a los grandes empresarios sea repartido a las personas que no tienen dónde vivir. Se han dividido las familias por culpa de que los papás no le dan tierra a sus hijos, y éstos acaban migrando a Estados Unidos o a otras ciudades”.

Los entrevistados refieren que si logran parar la venta indiscriminada de las tierras, se puede hacer una distribución equitativa de lo que quede, dejar áreas forestales y verdes para la comunidad, y repartir a la gente que no tiene tierras para que las trabaje y las ponga vivas.

Antes tierras de grandes cultivos de henequén, ahora sólo hay milpa y algunos ranchos de ganado. Hoy los pobladores se han amparado ante la negativa de los ejidatarios a reconocerlos. Y acusan a los tribunales agrarios y a la Procuraduría Agraria “de ser cómplices de todo el despojo brutal que se vive no sólo aquí, sino en todas las comunidades del interior del estado”.

Y así es, el modelo del despojo opera igual en todas partes: la Procuraduría avala asambleas ilegales y acepta nombramientos de nuevos empresarios en el padrón ejidal. Hoy hay 16 familias acaudaladas de la ciudad de Mérida que han sido incluidas en el padrón ejidal. “Le dan entrada a estas personas cuando a los pobladores se nos ha negado reiteradamente, por lo que hace un año decidimos hacer efectivo nuestro derecho a la autodeterminación, siendo parte de un pueblo, y al disfrute de la tierra y el territorio, no sólo de un pedazo, sino todo lo que conforma el pueblo”.

Chablekal cuenta con cerca de cuatro mil habitantes. Y estando a 20 minutos de la ciudad de Mérida ha sido cercada por la masa asfáltica, pero sus pobladores no tienen acceso ni a las universidades. “En realidad no tenemos acceso a ningún lugar, somos empleados en nuestras propias tierras”. Lo mismo limpian las casas, o son jardineros, choferes, mozos, cargan los palos para los golfistas y cocinan para quienes pagaron una cantidad irrisoria por sus tierras. Vendieron 500 hectáreas a seis pesos el metro y los empresarios del Country Club construyeron sobre 600.

El movimiento no sólo es de pobladores, pues se han unido ejidatarios que se resisten a la venta y que cuentan con título vigente. Y hay depurados que también están acompañándolos en la causa.

Mientras el tortuoso camino jurídico sigue su curso, la Unión se posicionó de 200 hectáreas de tierras dentro de las cuales hay vestigios arqueológicos, cenotes, flora y fauna. “Delimitamos el lugar, limpiamos, cercamos y brechamos. Fue el 28 de agosto de 2014 cuando iniciamos la posesión simbólica”.

Han acudido a los tribunales federales, pero “no nos han querido contestar, creemos, porque no saben qué hacer o tendrán miedo. No saben darle lectura a lo que les estamos pidiendo porque estamos usando convenios internacionales, la constitución que también nos avala, pero los tribunales agrarios están coludidos con los empresarios”.

La posesión de las tierras continúa como parte de la resistencia, el proceso legal también. Al igual que la especulación de las tierras mayas. Pero Chablekal, insisten sus pobladores, “ya no está en venta”

EN ETAPA DE DEFENSA JURÍDICA, LA RESISTENCIA A LAS EÓLICAS

Ahí donde el viento sopla más fuerte surge la codicia. En el Itsmo de Tehuantepec, en Oaxaca, la velocidad media anual de los vientos excede los diez metros por segundo. Esto convierte a la región en la locación idónea para la instalación de centrales eólicas; en foco de atención de la industria eólica mundial.

La primera central eoloeléctrica en el istmo de Tehuantepec, y también en México, se instaló en el ejido La Venta, municipio de Juchitán de Zaragoza, en 1994. Hoy existen en la zona alrededor de 20 parques eólicos distribuidos en más de 50 mil hectáreas.

Los megaproyectos para la generación de energía eléctrica a través del viento se han impuesto vía engaños, refiere Carlos Manzo, originario del Unión Hidalgo, Oaxaca. A través de contratos leoninos, empresas extranjeras (en su mayoría españolas), en condescendencia con el gobierno mexicano, han arrendado las tierras comunales como si fueran privadas y han violado el derecho a la consulta de las comunidades indígenas que ahí habitan: zapotecos, huaves, mixes y zoques.

Los impactos son diversos e incuantificables: pérdida de la soberanía alimentaria; desecación drástica de los mantos freáticos; vaciado de los pozos de agua artesanales; tala inmesurada de distintas especies de árboles, entre ellos los huanaxtles; y graves afectaciones a los pájaros que transitan por el lugar, uno de los principales corredores de aves migratorias en el mundo.

Como consecuencia de los "proyectos de muerte", el paisaje del Itsmo de Tehuantepec ha cambiado drásticamente durante las últimas dos décadas, también el modo de vida de los pueblos originarios de la región, refiere Carlos Manzo.

El autor del libro *Comunalidad, resistencia indígena y neocolonialismo en el Itsmo de Tehuantepec*, detalla, por ejemplo, lo desastroso que resulta para el entorno inmediato del terreno la edificación de las bases de cada autogenerador, mismas que requieren de más de 500 metros cúbicos de cemento y metal, y cuyo peso rebasa las 1 mil toneladas.

La "contrareforma agraria" de 1992, con Carlos Salinas de Gortari como presidente del país, sentó las bases para la implantación de los megaproyectos eólicos en el Itsmo de Tehuantepec, ya que legalizó el arrendamiento de tierras ejidales y comunales que antes, por mandato constitucional, eran inalienables, imprescriptibles e inembargables.

La resistencia

La Asamblea de Pueblos Indígenas del Itsmo en Defensa de la Tierra y el Territorio ha constituido el mayor intento de ligar la resistencia de las comunidades afectadas, que se encuentran organizadas en asambleas ejidales o comunales, según sea el caso.

Las comunidades se han resistido con acciones jurídicas o directas. Éstas últimas, entre ellas bloqueos a vehículos y maquinaria de las empresas extranjeras involucradas (Iberdrola, Gamesa, Endesa, Preneal, Unión Fenosa, EDF, etcétera), les han acarreado diversas formas represivas como encarcelamientos políticos, incluso muertes.

Sin embargo, precisa Carlos Manzo, ha sido difícil interactuar coaligadamente. Y es que, aunque se han emprendido marchas y otras acciones de protesta conjuntas, "cada asamblea tiene problemas particulares y estrategias específicas para defenderse ya sea en el orden jurídico o práctico".

Las diferentes posturas políticas entre las comunidades así como sus realidades particulares se complejizan dada la presencia de los de partidos políticos y las coyunturas electorales. Esto, dice Carlos Manzo, "hace más difícil la posibilidad de generar una resistencia articulada de los pueblos".

Después de la fase más violenta contra la oposición a los megaproyectos eólicos en el Itsmo de Tehuantepec, que se dio entre 2012 y 2014, cuando los pueblos optaron primordialmente por las acciones directas y, en consecuencia, fueron reprimidos, hubo un parteaguas en la definición y caracterización de las luchas. Hoy la resistencia regional se encuentra fundamentalmente en una etapa de defensa jurídica.

Aún así, el hostigamiento contra las comunidades indígenas continúa. Prueba de ello es la vigilancia que ejercen grupos paramilitares protocolizados por las empresas eólicas como policías privados. "Ellos están armados vigilando las entradas de los parques impidiendo cualquier acción de oposición", asevera Carlos Manzo.

A esta fase violenta sobrevivo también la llegada del Partido de la Revolución Democrática al municipio de Juchitán, mismo que trató de camuflar la imposición de nuevos parques eólicos con la instrumentación de una consulta a los pueblos indígenas que, a decir de Carlos Manzo, no fue libre, previa, ni informada, tal como lo mandatan los instrumentos internacionales.

Impugnaciones jurídicas

Son varias las impugnaciones jurídicas que enfrentan las empresas eólicas que apuestan a sacar provecho a los vientos del Itsmo de Tehuantepec. Una de las principales recae en la ilegalidad de las formas de los contratos de arrendamiento, ya que, en muchos casos han alquilado las tierras comunales y ejidales como si fueran pequeña propiedad.

El caso más emblemático en este sentido, es el de Juchitán, municipio que carece de comisariado de bienes comunales al menos desde la década de 1980. Este vacío de autoridad permitió a muchas personas dar un formato de pequeña propiedad, vía la legitimación de un síndico municipal y de un notario público, a la tierra comunal.

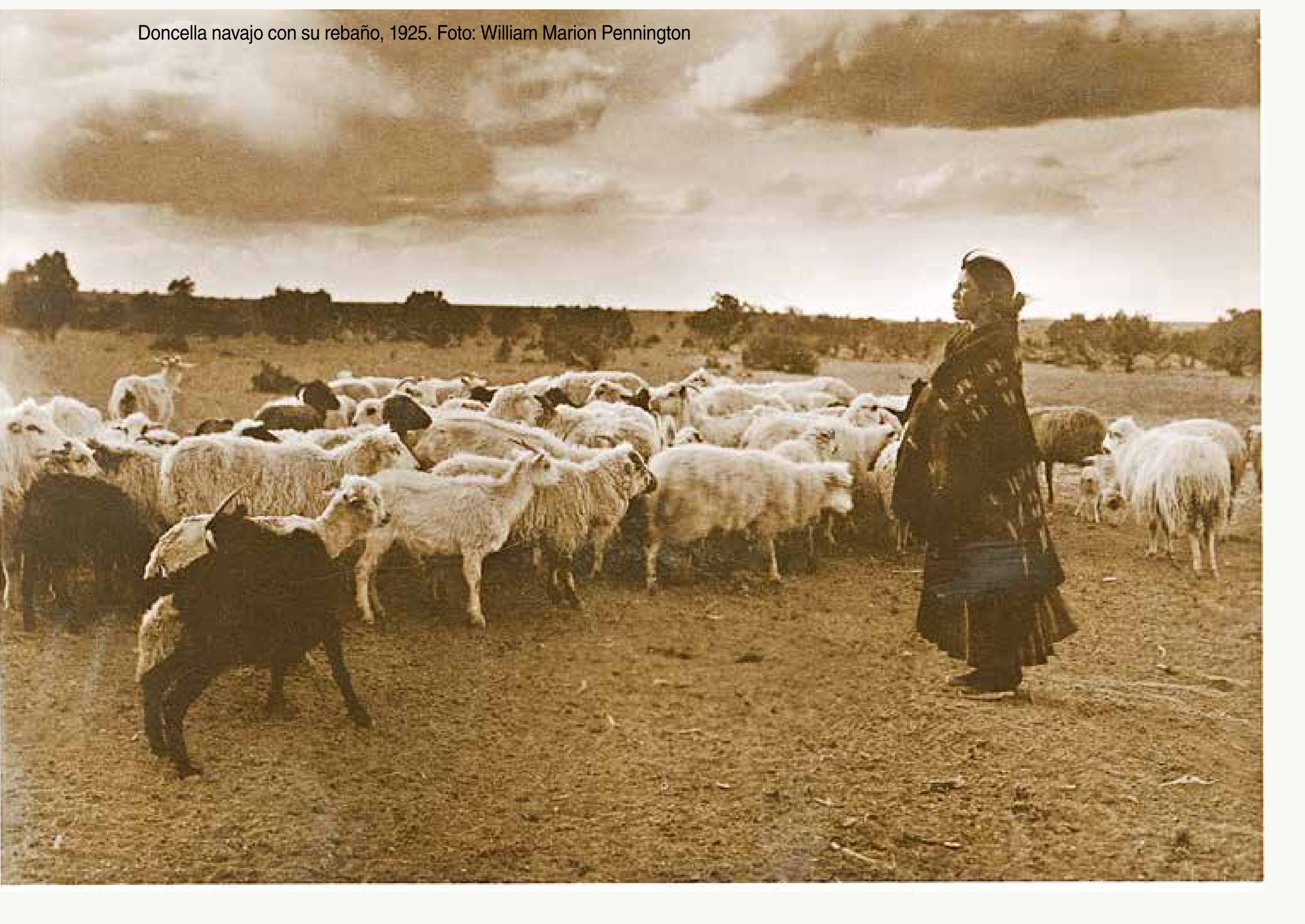
Ante tribunales federales y locales se ha impugnado también la falta de seriedad de los estudios de impacto ambiental que avalan los megaproyectos, así como la ilegalidad de las consultas emprendidas en la materia.

"Es una cuestión complicada porque no podemos tener la suficiente confianza en las instancias de impartición de justicia de este país, que están muy viciadas y corrompidas. Pero son procesos que hay que agotar; y no se están agotando todos", dice Carlos Manzo. Y agrega: "Aquí el *talón de Aquiles* de las organizaciones es la falta de abogados honestos en materia ambiental, agraria y de derechos indígenas que puedan interponer los recursos a tiempo y que no sean corrompidos por las empresas".

Poblador de Unión Hidalgo, Oaxaca, Manzo detalla que en noviembre de 2012 un juez federal admitió un amparo promovido por la comunidad Álvaro Obregón en contra de la empresa Mareña Renovables, con lo que se impidió la instalación de parques eólicos en la Barra de Santa Teresa. Asimismo, en mayo pasado, el tribunal agrario de Tuxtepec dictaminó, en favor de la comunidad de Unión Hidalgo, que la empresa Desarrollos Eólicos Mexicanos no podía entrar a la fase de instalación y operación de su proyecto.

"Habría que estar atentos a lo que ocurre en el Itsmo, una región que ha cambiado drásticamente en los últimos 20 años, por lo que se refiere a los parques eólicos y a la ola de empresas trasnacionales que los imponen. Ahora, los efectos desastrosos y de muerte para las comunidades que habitamos en esa región se intensifican por la presencia de proyectos mineros en la parte norte del Itsmo", advierte Carlos Manzo

Entrevista con Carlos Manzo: Flor Goche



Doncella navajo con su rebaño, 1925. Foto: William Marion Pennington

GUATEMALA "LLORA SANGRE" Y LA GOBIERNA UN COMEDIANTE

RAMÓN VERA HERRERA, CIUDAD DE GUATEMALA. El 25 de octubre, ganó las elecciones presidenciales guatemaltecas con un 70 por ciento de la votación Jimmy Morales, "un comediante de televisión sin experiencia política y sin plataforma política real, que apenas hace seis meses contaba con menos del uno por ciento de popularidad según las encuestas", dice Zack Beauchamp para el informativo *Vox world*.

En esas elecciones, Guatemala apenas se reponía del escándalo de corrupción encabezado por el presidente Otto Pérez Molina, que implicó también a su vicepresidenta Roxanna Baldetti, escándalo que llevó a ambos a la cárcel tras una movilización sin precedentes en la historia guatemalteca. La deposición del presidente y unas nuevas elecciones fueron esperanza de renovación real en un país sumido en la violencia por largos años, y donde sus corruptas estructuras están implicadas en graves violaciones a derechos de toda índole: individuales y colectivos —políticos, sociales, ambientales, económicos, culturales y de salud—.

Desde 2006, Naciones Unidas tuvo que intervenir coadyuvando a establecer una Comisión Internacional contra la Impunidad en Guatemala (CICIG), mediante un acuerdo con el gobierno de Guatemala, que fue avalada por la Corte de Constitucionalidad y ratificada por el Congreso de la República entre mayo y agosto de 2007.

La Comisión efectuó la investigación y la persecución penal de un cúmulo de delitos perpetrados por "cuerpos ilegales de seguridad con la complicidad de aparatos clandestinos que operaban una extensa red implicada en homicidios, ejecuciones extrajudiciales, malversación de fondos, defraudación, narcotráfico y contrabando. Los hilos llegaban hasta la presidencia de la República", continúa *Vox world*.

No obstante, muchos críticos señalan que en un país donde 40 por ciento de la población se halla por debajo de la línea de la pobreza y 13 por ciento padece pobreza extrema, donde existen agudos problemas de racismo, machismo, corrupción, violencia e impunidad, lo extraño es que el estallido no ocurriera. La revuelta que llevó al cambio de gobierno desplegó una gran organización y pocos desmanes.

Pero en las calles de la llamada "Guatemala City" no deja de correr el rumor de que en la coyuntura actual, las élites buscaron canalizar la efervescencia al castigo ejemplar del presidente, la vicepresidenta y sus cómplices, logrando un enroque creíble que pudiera mantener la máquina aceitada y en funcionamiento.

Qué mejor entonces, en ese escenario, que un comediante de televisión (en México gobierna, entre otros poderes oscuros, la televisión, aunque el desempeño de los protagonistas estelares sea tan ramplón que uno piensa que hasta eso es a propósito).

Y si Morales prometió desterrar la corrupción, su plataforma no parece tener densidad alguna y no hay todavía programas concretos. Según la BBC, Morales "es un cristiano evangélico opuesto al aborto, al matrimonio de personas del mismo sexo, que pretende algunas políticas raras como plantarle un GPS a los profesores para que no falten a clase, u otorgar a cada niño un *smartphone*".

Defensoras de derechos humanos como Cecilia Mérida califican de "tragedia" la elección de Morales porque "es un comediante racista con los pueblos indígenas, está ligado a la gente de Otto Pérez Molina y su partido está alimentado por militares".

Manfredo Marroquín, de Transparency International, entrevistado por *America's go Global,* afirma que Morales "incluyó a militares, pero no cualquier oficial militar, sino a oficiales ligados a los peores abusos del pasado [incluida la guerra de 1960-1996], en parte porque no conoce los detalles, y porque no habiendo estado en la política, agarró la gente que pudo".

El horizonte no se mira nada fácil. Según datos de la Fundación Oxfam, un millonario promedio en Guatemala "ingresa al año 7 mil 398 veces más que una persona situada en el 20 por ciento más pobre de la población". Guatemala tiene el tercer lugar en mortalidad infantil en América Latina, sólo después de Haití y Bolivia, pero la miseria rampa. Como dijera Mario Sosa en 2012 para *Rebelión,* "Guatemala llora sangre".

El informe *Panorama social de América Latina* de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) 2014 estima que en Guatemala la situación de pobreza multidimensional se sitúa en un 70.3 por ciento y destaca que el país es uno de los 14 más violentos del mundo y de los 7 más violentos de América Latina. El 20 por ciento "menos favorecido", como dicen los informes con eufemismo vociferante, percibe apenas 3 por ciento de la "riqueza socialmente producida".

Las condiciones de explotación y la precariedad de los empleos con salarios cercanos o menores a los 10 dólares diarios por incontables horas de labor en condiciones de hacinamiento y semiesclavitud, el tráfico y trata de personas, el trabajo infantil con sueldos todavía más bajos, todo fue subsumido por lo que Mario Sosa considera uno de los síntomas más claros del sistema de desigualdad: precariedad permanente, por lo que se mantiene a "una enorme masa de población en condiciones de desempleo, subempleo o informalidad".


De la serie Nubes Viajeras, Nevado de Toluca. Foto: Jerónimo Palomares

El modelo agroindustrial sigue siendo responsable de la vejación y el despojo de innumerables personas y colectivos en el ámbito rural.

Según el informe *Tierra para nosotras,* de la Red Centroamericana de Mujeres Rurales, Indígenas y Campesinas, "en Guatemala el 80 por ciento de la tierra agrícola está en manos del 8 por ciento de los propietarios, mientras el 92 por ciento restante —campesinas y campesinos de subsistencia— apenas tienen acceso al 20 por ciento de la tierra. Las mejores tierras, las más fértiles, están acaparadas por las grandes empresas agroexportadoras". El asunto más extremo es que medio millón de familias campesinas carecen de tierra y "tienen que arrendarla para poder trabajar en el campo".

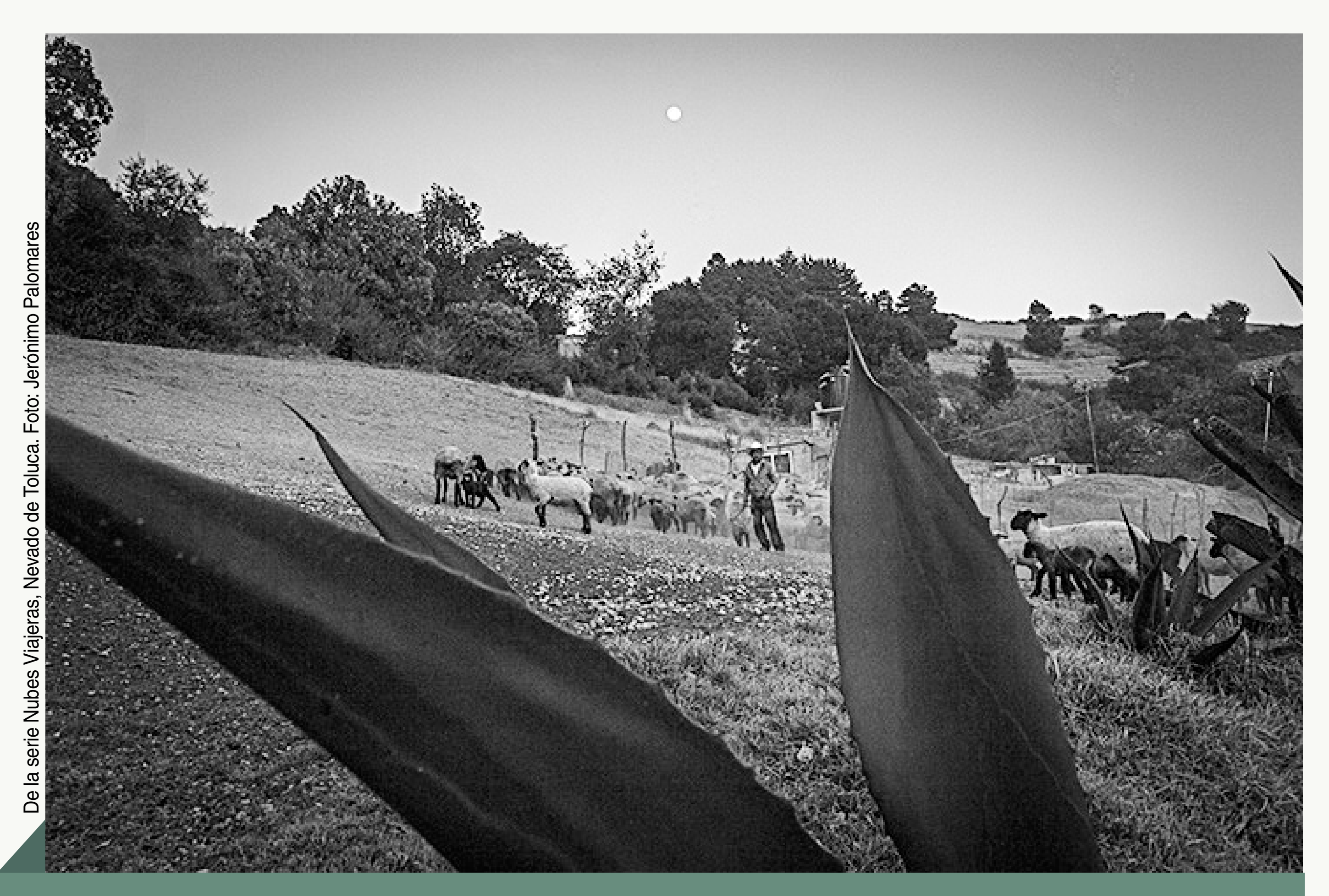
Las políticas públicas de desvío de poder abren margen a las empresas extractivas para establecer negocios público-privados, acaparar la tierra, romper los tejidos comunitarios e imponer un sistema de horror permanente, alimentado por los asesinatos y desapariciones, las ejecuciones y encarcelamientos que ocurren como "estabilidad" entre campo y ciudad.

El inevitable éxodo campesino hincha las barriadas. Las Maras mantienen los controles territoriales. Los cinturones de miseria son inaccesibles en autobuses porque las Maras controlan a sangre y fuego el transporte, junto a los cárteles mexicanos con los que se disputan los espacios de predación. Las marejadas humanas montan apeñuscadas en pick-ups de las mafias o la policía para llegar a su remoto refugio en la orillada, tras literalmente sufrir el *cruising* por la urbe que debía acogerlos y en cambio es temida como monstruo devorador en manos de la "ley o el crimen", como si en Guatemala pandillas o *robocops* se distinguieran.

Mientras, apunta Cecilia Mérida, existe una criminalización de los dirigentes comunitarios. Quienes encabezan protestas contra las empresas energéticas "son detenidos y acusados de delitos de terrorismo". Mérida informa que hay unas quince personas inocentes encarceladas por sus ideas y por defender el territorio: los más conspicuos son Saúl Méndez, Rogelio Velásquez, Rigoberto Juárez, Francisco Juan o Domingo Baltazar, Mynor López, Ermitaño López, Arturo Pablo y Adalberto Villatoro, todos en el sector 13 del Preventivo de la Zona 18 en ciudad de Guatemala.

Gladys Tzul Tzul entrevistó para *comunitariapress* a Rigoberto Juárez y Domingo Baltazar, autoridades q-anjob'ales quienes dentro de la cárcel mantienen la esperanza para los demás reclusos. No viven el encierro como aislamiento: siguen los acontecimientos y la movilización de afuera, y al interior del reclusorio promueven la creatividad general. Quisieron participar en diplomados de medioambiente y hasta "ofrecieron un par de clases sobre cómo se concibe y se vive el medioambiente en comunidades indígenas, 'pero no nos dejaron porque era organizado por el ministerio de energía y minas', dice con vital carcajada don Rigoberto".

Así, Guatemala llora sangre, pero la esperanza sigue viva, aunque esté encarcelada o camine entre la multitud, y sueña las nubes animales que cruzan el intenso azul metálico allá arriba



De la serie Nubes Viajeras, Nevado de Toluca. Foto: Jerónimo Palomares

KICHANES DE CHIAPAS A CALIFORNIA

XUTS Y KOCHS MIGRANTES

TANIA CRUZ

1

¿Qué es lo que más extrañas de allá? La comida, la familia. El maíz, la tortilla, el queso y el café de Ocosingo.
¿Qué es lo que más te gusta de acá? El dólar, la ciudad, el jale, las morras.

El gusto, los sabores y los alimentos son el terruño, el nosotros. Una tortilla con queso y un café forman un bocado que pocos tienen el lujo de darse si están lejos de casa. El "queso de bola" y el café de Ocosingo son particulares. El primero está envuelto en cera, una masa de queso crema que yace en el corazón de un caparazón encerado que se rompe y se escarba a cucharadas como pulpa de coco. El segundo es uno de los mejores cafés orgánicos producidos en el estado. También el maíz, el frijol, el chile, el plátano, el jitomate y el achiote, son cultivados en la selva, mientras que en Los Altos hay otras verduras y plantas, como la papa, el chayote, el ejote, el wash, las fresas, las ciruelas, la yerbamora, la chaya, la flor de calabaza, chilacayote y otras. Las extensiones de tierra de los familiares de los kichanes migrantes ascienden a 20 o 30 hectáreas. En ellas hay cafetales y ahora potreros donde la juventud tseltal migrante está invirtiendo cada vez más.

Las chicas, las relaciones de noviazgo, las fiestas, los bailes y los conciertos, representan el consumo conspicuo y el acceso a bienes para navegar en las ciudades californianas y vivir los modos juveniles "modernos y capitalistas". Los *xuts o kochs* son los hijos menores de las familias tseltales y tsotsiles que tradicionalmente heredan la tierra; figuras paradigmáticas de las relaciones de parentesco y la tradición comunitaria.

Hasta hace no más de una década y media no migraban para cuidar de los padres y cultivar la milpa. A partir del 2000 varios salieron rumbo a California, Florida, Georgia, y ahora, al resto estadounidense. Solteros entre 15 y 30 años, bilingües o trilingües, con educación básica, hijos de familias campesinas.

En California reivindican el término kichanes como modo de hermanarse aunque en su tierra natal hasta enemigas sean sus familias. Kichán es el hermano, el reconocido hermano.

◆◆◆

Ezequiel tiene 22 años, habla tseltal y maya-lacandón, es soltero. Es mediano, de piel morena, mejillas rojas, con su corte de cabello estilo mohicano y una larga cola en la nuca. Viste playeras, pantalón de mezclilla entallado, botas y cinturón de piel de cocodrilo, reloj plateado. Lleva un arete en la oreja derecha.

Su artefacto favorito es su celular Android con el que se comunica siempre a Chiapas. En su hablado tseltal combina frases del castilla latino-estadunidense, un *tseltalspanglish*.

Esto mismo hacen los demás kichanes en California, además de nombrarse con los primeros apodos en tseltal que entre ellos se pusieron durante su infancia. Ezequiel no pudo completar la preparatoria pues sus padres se separaron y su madre no pudo seguir apoyándolo. Dice que el estudio no le sirvió porque terminó de migrante indocumentado.

"La vida aquí [en San José, California] es muy dura porque si no tienes dinero, no comes, si no tienes trabajo te mueres de hambre porque es de estar todos los días trabajando. Allá siempre hay comida, vas y pescas, cazas, cultivas y comes".

Durante los primeros cinco años compartió un cuarto con su primo, un amigo y un tío. Ahora vive con su novia, originaria de un rancho de Guadalajara. La primera vez que vino a Estados Unidos se dirigió a Florida y trabajó en los campos pizcando frutas y verduras. Después regresó a la Selva por un par de meses y cuando vio que su mamá necesitaba ayuda, decidió regresar, esta vez a California. No tiene trabajo estable aunque de modo intermitente trabaja como peón en la construcción. Cuando no hay trabajo hace de todo y se va desde las cinco de la mañana al Home Depot para ser contratado. Cuando tiene trabajo gana unos 2 mil 400 dólares al mes. Hace un tiempo dejó de enviar remesas y cuando lo hacía enviaba 400 dólares mensuales.

2

En 1985 llegaron tres palencanos a Los Ángeles, pioneros de la migración chol. Hoy el grupo ha crecido y la mayoría son familiares cercanos. Muchos viven en *downtown,* lidiando con la población afro-descendiente que además de 'novatearlos' asaltándolos, los violenta diario. Por lo común comparten casa con centroamericanos y trabajan en la industria textil. Los tseltales llegaron en los 90 al distrito La Misión en San Francisco donde habita la comunidad más grande y heterogénea, miles de ellos están allá.

La presencia salvadoreña, guatemalteca y yucateca les ha ayudado a integrarse a la "ciudad santuario" y, como ellos mismos dicen, "no nos pueden hacer nada, estamos libres aquí ¿lo sabías? estamos protegidos, andamos como peces en el agua, aquí la policía no nos puede hacer nada". Como San Pancho es multicultural han podido integrarse más que los otros tseltales que viven en San José o los choles, en Los Ángeles. Dice Pablo, de 41 años:

Primero vino mi cuñado con su cuñado unos meses antes de que yo entrara. Luego vine yo con otro tío, un primo y un familiar de mi cuñado. Entramos en 1999. Aquí en San José llevo once años. Cuando vino mi tío no había nada de gente de Chiapas. Lucio es mi cuñado y él vino con su cºuñado Efrén, ellos durmieron allá arriba, en una iglesia [señalando el cerro] no rentaron pues no tenían nada, ahí dormían. Ya cuando vine acá, entré a trabajar de plomero y ganaba 25 la hora o sea mil 500 semanal. Ahora hago *landscaping:* jardinería de paisajes

En San José los tseltales están disgregados lidiando con la comunidad asiática, en especial la vietnamita, aunque algunos de ellos se ayudan de la comunidad salvadoreña evangélica. Es común que compartan la renta con guatemaltecos y con mixtecos. Es el grupo más pequeño y diverso pues lo conforman tseltales de la zona norte de la Selva, lacandones de la Selva, tseltales y tsotsiles de Los Altos. Los que viven en Los Ángeles tienen algunos contactos con los de San Francisco y San José, aunque no se visitan por las distancias entre las ciudades y porque es un gasto y un riesgo que muchos no quieren tomar para no ser atrapados por la policía. En cambio, visitan a los que viven en las ciudades del Orange County en Fullerton, Santa Ana y Buena Park.

3

Originarios de diversos ejidos y comunidades en Ocosingo, Palenque, Huixtán, Pantelhó, Chilón y Oxchuc, su variedad lingüística, cultural y política es vasta. Varones de 15 a 30 años cruzando la frontera para reunirse con sus familiares: "¡Hey Kichán! ¡Vente! Aquí hay jale, con lo que aquí ganas en un día, comes allá una semana". Jóvenes recién egresados de la secundaria que te dicen: "Después de la secu, aquí no hay nada, sólo casarte". Muchachos acostumbrados al campo, a los ríos, a las lagunas, al lodo, a la siembra, al rastrojo, a la pesca e incluso a la caza de jabalíes, jaibas y faisanes. ¿Quiénes seguirán con la labor campesina? ¿quiénes trabajarán la tierra, la cosecharán, la cuidarán, la habilitarán? El proyecto de salir al norte tiene una intención temporal para invertirle al futuro, haciéndose de capital, casas, terrenos y/o algún negocio en la comunidad de origen, pero la mayoría no retorna. Los aprendizajes en la estancia en EUA son numerosos y no sólo en términos de oficios (el 'rufin', las 'yardas', el 'cuquin'), sino en términos culturales: el argot, el consumo, los estilos y los prácticas juveniles que les invitan a un constante re-crearse. Cual rito de paso, la migración se tradujo en un amplio capital cultural que les hace vivir un estilo de vida muy anclado al consumo. 'Aquí hemos crecido y aprendido a bailar pasito duranguense, a bailar banda, a tener morras, a manejar, a hablar español, a hablar inglés". Llegaron adolescentes y transitan a la adultez en medio del clandestinaje de la indocumentación

CH’ULEL-CH’ULELAL

CELEBRACIÓN DE LA MEMORIA Y LA RESISTENCIA

XUNO LÓPEZ

“Yo quien soy si no una hoja seca que se desprende de su árbol./Yo quien soy si no la fruta que madura y cae al suelo./Yo quien soy si no la verde fruta, la verde hoja que pueden ser arrancadas por la lluvia./Yo quien soy si no el grano de maíz que muere y germina./Yo quien soy si no el polvo diminuto ante la grandeza de la Vida./Sólo soy eso./Pero hazme fuerte como el gran árbol, como el gran bejuco que crece, que reverdece y florece allá en la gran altura, allá donde parece que no hay nada…/y que el día de mañana los hijos de mis hijos nos vean caminando junto a ti/Sagrada Madre, Sagrado Padre…”.

Fragmento de un rezo maya-tseltal.

El juego del lenguaje florido y metafórico como se puede observar en este fragmento de un rezo maya tseltal, no sólo es recurrente en los rezos, la cotidianidad es muestra de ello. Jugar desde el lenguaje con la vida y la muerte, y permanecer en la memoria de los vivos, ese nosotros en contínuo. Sentirse nada, diminutos, efímeros y pasajeros ha generado quizá en el ser humano la necesidad de permanecer, florecer aquí y allá donde parece no haber nada, y que mañana podamos ser recordados porque nuestros hijos ven que estamos caminando al lado de la progenitora y del progenitor, Creadora y Creador de nuestras primeras madres y padres.

El tiempo, la vida y muerte como la memoria, sólo por citar algunos aspectos que inquietaron a nuestras abuelas y abuelos, se encuentran a flor de piel que salen a cada instante, a veces verbalizada y en otras ocasiones demostrada con los hechos. La esencia que corre en nuestra piel de ese tiempo, vida y muerte primordiales, nuestras madres-padres lo denominaron *Ch’ulel-ch’ulelal*, principio y esencia de todo lo que existe. Así la existencia de los humanos está erigida en el *Ch’ulel-ch’ulelal*, el aliento divino inmanente, que estará siempre *conosotras** y que será recordado por las generaciones futuras encarnado en la noción de que las que estamos aquí y ahora, formaremos parte de las primeras madres-padres y abuelos-abuelas que caminaron nuestras tierras.

El *Ch’ulel-ch’ulelal continuum*, también aliento de nuestras madres-padres ha comenzado desde el engendro, se reafirma al salir triunfantes del vientre materno. Se ofrenda por la vida nueva, se pide a los dioses guardianes que velen por el nuevo ser, que protejan la semilla que ha germinado para que crezca, florezca y de frutos, porque en ocasiones el *Ch’ulel-ch’ulelal* puede ser engañado por otros *ch’ulelaletik*, se deja llevar y no regresa. En otros casos es robado y encarcelado. Sólo las mujeres y hombres medicinas *Jpoxil/J-ilol* pueden hacer algo para que vuelva o sea liberado. Si es demasiado tarde la intervención del *Jpoxil/J-ilol*, el cuerpo caerá como una hoja que se desprende de su árbol, que abonará la tierra donde se cultiva la memoria.

Al nacer, el ser humano y su *Ch’ulel-chulelal* han comenzado a ser *Jbeomal*, caminante que peregrina abriendo camino en la vida terrenal. Ha iniciado su primer viaje, su anhelo será tener un cargo y servir a su comunidad, aunque sea el más pequeño e insignificante de los cargos. Lo importante es servir a la comunidad, servicio que haga retumbar su corazón como un tambor, que engalane su corazón y le fortalezca su *Ch’ulel-ch’ulelal*, y en vida se vuelva *nichimal ants* o *nichimal winik*, mujer florida u hombre florido. Por un instante ser mujer u hombre bragado de plenitud cuando sienta como recorre su piel y transita por los ríos de su cuerpo el poder de la palabra empleada en los discursos ceremoniales. Palabras y discursos que abrazan su corazón, que envuelven su *Ch’ulel-ch’ulelal* como si fueran pétalos de flor acompañados por el melodioso canto y trinar de las cuerdas o el dulce aliento que emana de la flauta. Escuchará retumbar el tambor como los latidos de su corazón. No sólo recuerda y ofrenda a sus dioses, sino también evoca el nombre y la memoria de sus ancestros que le pedirán acompañamiento y protección durante el peregrinar con su cargo. Mientras el *Bats’il ants-winik-Mayas*, mujer y hombre verdaderos caminan la vida terrenal, procuran hacerlo todo para que su *Ch’ulel-ch’ulelal* no se lamente por que no hizo en esta vida lo que quiso hacer. Así escuchamos por ejemplo en maya-tseltal: *Eeeee, ya sk’an jpas a’tel yu’un jich ma snanuta yo’tan jch’ulel a teme lajon-chamone* (“Ah, es mejor que asuma algún cargo para que cuando muera, el corazón de mi alma-espíritu no este deseando haberlo hecho”).

La noción de vida y muerte entre nosotras las *Bats’il ants-winik-Mayas*, en la que hay algo que perece y se mantiene, sigue vigente, se conserva en cada corazón. La muerte es dar otro salto para continuar caminando. Por eso cuando alguien muere se le viste con la mejor ropa, se le prepara un morral, red o mochila en donde se colocan masa para pozol (somos hombres y mujeres de maíz), jícara para saciar la sed durante el caminar, monedas que le servirán para pagar el peaje. Ha comenzado el segundo viaje, mientras el cuerpo yace inerte como hoja caída del árbol de la vida. Mientras, una persona le dará a cada rato gotas de agua en la boca para que su corazón no se agriete ni seque por la sed, como en el pueblo maya-tsotsil de Zinacantán; para que no sufra sed mientras recorre por última vez los caminos donde anduvo y recoja todo aquello que tiró o dejó por olvido. Se ha ido al otro mundo, al mundo de lo ancestral y las deidades. Cuando llegue el día en que visite a sus familiares vivos, se le recibirá con abundancia. Se le ofrendará velas, incienso, comida, frutas, flores, agua, pox, atole. Producto del trabajo y esfuerzo de los mortales, de la primera cosecha se le dará de comer y beber. Es la gran fiesta para un invisible que sólo se hace presente en los corazones y mentes con la evocación de su nombre y memoria.

Cuando se acerca la celebración del *K’in Ch’ulelal*, en algunos pueblos se limpian los caminos quince días antes; en otros, como Zinacantán, lo hacen después. Del mismo modo renuevan el campo santo. Quienes seguimos la costumbre ancestral de enterrar a nuestros muertos dentro de la casa, adornamos allí las tumbas. En otros lugares la celebración se efectúa a finales del mes maya-tseltal *pom* o principios de *yaxk’in*, es decir a mediados de octubre. Llegado el día, los familiares arriban a cada tumba en donde ofrendan velas, incienso, comida y pox, y le hablan a sus/nuestros “muertos” diciendo:

> “…llegó la hora/ llegó el momento/ ha llegado el día en que nos van a visitar/ tú nuestra más primera madre/ tú nuestro más primero padre/ no sé cuantas generaciones de abuelas y abuelos sean/ vengan, arriben, lleguen con un sólo corazón/ lleguen con el corazón a risas/ traigan a sus compañeros/ sus compañeras/ que vengan junto con sus conocidos/ que no les vaya a dar pena/ que no vaya a sentir vergüenza su corazón/ por favor vengan que los estamos esperando/ nosotros tus hijos les hemos preparado la comida/ su comida, tomen, coman/ degusten todo lo que está preparado/ junto con mis hijos e hijas/ que también son tus hijos e hijas/ junto con mi compañera, mi regalo/ complemento de mi corazón y de mi espíritu/ complemento de mi boca/ de mi cuerpo y de mi sombra/ que es mi cuerpo/ que es mi sangre/ vengan que los esperamos/ los recibimos/ y disculpen si lo que se ha preparado/ encuentren allí basura/ mal olor de mis manos, de mis pies/ pero les digo que los hemos preparado/ con todo nuestro corazón/ vengan que los estamos esperando…”

De este modo los familiares llaman a sus muertos, o más bien el *Ch’ulel-ch’ulelal* de nuestros seres queridos que están por llegar, que convivirán entre nosotras, que embriagarán sus corazones, sus *Ch’ulel-ch’ulelal* se comunicarán con nosotras.

Es así como la celebración del día de muertos, en el pensamiento de nuestros pueblos, es la evocación de la memoria ancestral y de los que se fueron recientemente. Para nuestros pueblos, el ritual del *K’in Ch’ulelal* (Fiesta del espíritu o alma), en el entendido de que el *Ch’ulel-ch’ulelal* no muere, es de suma importancia y pervive hasta nuestros tiempos. El *K’in Ch’ulelal*, no es paa festejar al muerto en sí, al cuerpo vuelto a la tierra, sino su memoria, su *Ch’ulel* que estará presente *conosotros* un instante y aunque no se le vea, comerá de la ofrenda preparada por sus seres queridos.

El ritual o fiesta de los espíritus *ch’ulel-ch’ulelal* es un verdadero acto de recordar, un antídoto para la amnesia. Podríamos decir que son actos rituales de resistencia contra el olvido. Cada quien recordará a sus muertos a su modo y manera. Los 45 de Acteal serán recordados de manera colectiva, los caídos en el 1994 y de la posguerra también. Recordaremos a los 43 de Ayotzinapa. Los más de 50 mil muertos por la violencia en México seguramente serán recordados. Y los muertos que no están contabilizados ¿quien los recordará? Su *ch’ulel* divagará buscando comida, agua o calaverita de Justicia Verdadera removiendo el corazón de los abajo.

* Para referirme a nosotras como personas

Xuno López, maya tseltal del municipio de Tenejapa, Chiapas. Estudió sociología y antropología. Libre pensador.



De la serie Nubes Viajeras, Nevado de Toluca. Foto: Jerónimo Palomares



Y EN LA RIVIERA MAYA...

XUN BETAN

“Los mayas construyeron grandes pirámides, fueron grandes matemáticos, fueron unos excelentes astrónomos y buenos arquitectos, pero todo eso se perdió cuando decayó esa gran cultura y los mayas desaparecieron”... ¡Cuando los mayas desaparecieron! Estas palabras siempre las creí durante mi niñez, eso porque así había aprendido en la escuela. Por eso pensaba que se habían extinguido esas sabias personas, así como le sucedió a los pobres dinosaurios. Incluso, ya de grande, vi expresada en varios museos la exaltación de la cultura mediante el arte llamado prehispánico. Pero no sabía por qué callaban de las culturas vivas. Nadie explicaba, ni hablaba de cómo viven cotidianamente los pueblos indígenas en este país llamado México.

Después, confundido con el estudio antropológico sobre las sociedades humanas, poco a poco fueron apareciendo como nubes borrosas esos pueblos indígenas, a los cuales se tenía que investigar y estudiar, tal cual hicieron los primero antropólogos y etnógrafos en estas tierras. El entender cómo viven, cómo se organizan, cómo hablan, cómo piensan, qué comen... preguntas y más preguntas que algunos profesores nos enseñaban para conocer esas culturas exóticas y extrañas: esos otros que habían sobrevivido después de todo el proceso de exterminio y aniquilación del modelo colonial, y posteriormente al embate del modelo educativo y político. Con esto comprendí, en parte, la función que tenía la antropología de aquellos que sirven al sistema y al poder político: era para la elaboración de políticas públicas como estrategias de integrar esos pueblos bárbaros y subdesarrollados.

Así, fui comprendiendo las realidades que ha creado el sistema político para negar nuestra existencia: que nos ha discriminado, despojado y marginado. Discriminación que muchos seguimos fomentando con el auto-rechazo de nuestras raíces y nuestras culturas, discriminación que nos ha desubicado y nos ha hecho sentirnos sin rumbo y sin historia. Discriminación que poco a poco ha matado nuestra dignidad. Discriminación que expresan los rostros de hombres y mujeres que al caminar bajan la mirada y al momento de hablar muestran ese miedo de ser humillados. Miedo de expresar lo que somos para no ser objetos de burla. Miedo que muchos guardan en el alcohol para olvidar, tal y como sucede en varios pueblos indígenas, y donde al tomarse un refresco sienten lograr esa aceptación e integración al modelo que marca la televisión y la escuela. El desprecio actual a lo indígena no sólo nació con el modelo educativo, sino también con la integración del país a un modelo capitalista de corte neoliberal que tiene, cada vez más, intereses sobre los recursos naturales y la mano de obra y que, gracias al Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, y al Proyecto Mesoamérica, ahora nuestros territorios están bajo amenaza de ser destruidos por las grandes empresas transnacionales como las mineras, que se han apropiado de vastas extensiones de tierras. Ahí están los reportes de organizaciones como Otros Mundos, REMA y algunas más: la gran mayoría de las zonas mineras se encuentran en territorios de esos indios donde todavía algunos quieren seguir cultivando la Madre Tierra para sembrar maíz y frijol, sus alimentos.


Foto: Jerónimo Palomares.

La serie fotográfica "Nubes viajeras" fue realizada por Jerónimo Palomares en 2010 en Santa Cruz Pueblo Nuevo, en las faldas del Nevado de Toluca.
Allí, el pastoreo es una actividad cada vez menos sustentable. El río que abastecía la zona se ha secado. En las imágenes aparecen don Eusebio Velázquez, María Velázquez y el niño Manuel Velázquez.

Para despojar de tierra a los campesinos sirvió muy bien la reforma del artículo 27 constitucional y la ley agraria donde surgen los programas Procede y ahora Fanar, que han legitimado la destrucción de los ejidos y tierras comunales mediante la fragmentación y, con ello, la destrucción de las pequeñas reservas ecológicas. El mismo riesgo se corre con las licitaciones sobre petróleo en Chiapas, que justamente marca el Plan Quinquenal 2015-2019, donde aparecen los pozos Nazareth y Lacantún, enclavados dentro de la selva Lacandona, así como la parte norte del estado. Ya desde hace algunos años, gracias a los programas sociales, han transformado parte de la selva en campos ganaderos. Eso justo antes de iniciar estas sucias obras para culpar a los campesinos, y así las empresas tengan libertad de extraer los recursos. Además, para generar electricidad promoverán la construcción de presas utilizando los grandes ríos de la zona.

Este acontecimiento es justamente lo que ha documentado la periodista Lydia Cacho en la Riviera Maya, que ha evidenciado la arbitrariedad de las autoridades para despojar de sus tierras a los campesinos y ejidatarios mayas. De esos mayas que estorban al modelo neoliberal. De esos mayas que los habían callado por años hasta que el levantamiento zapatista dio un aliento, pero ahora siguen los embates de la corrupción. Esos mayas yucatecos, tseltales, tsotsiles, mames, tojolabales y otros tantos que no existían más que en sus construcciones arquitectónicas prehispánicas que maravillan al mundo moderno. Categorías que son dadas para justificar la corrupción, los despojos y la privatización en beneficio del turismo comercial. Esas maravillas que se pelean los funcionarios y empresarios para convertirlas en zonas residenciales y hoteleras.

En la Rivera Maya donde miles de mayas se “divierten” trabajando en las grandes construcciones hoteleras para ganar una miseria de sueldo, viviendo hacinados en cuartuchos pequeños para no pagar renta, consumir drogas y no gastar en alimentos. En esa Rivera Maya donde se denunció la red de pederastia y la explotación comercial del sexo con menores. En esa Rivera Maya donde tseltales, tsotsiles y muchos otros llegan en busca de trabajo para mejorar la situación económica familiar, y muchos regresan a sus comunidades bajo las influencias de la droga o el alcoholismo. Donde niñas tseltales y tsotsiles terminan violadas o explotadas laboral y sexualmente y callan para no ser enjuiciadas. En esa Rivera Maya donde los cenotes, árboles, animales y playas lloran para no ser aniquilados por los grandes proyectos turísticos.

En esa Rivera Maya donde la grandeza de nuestra cultura expresó su esplendor y donde muchos mayas siguen recorriendo el *sak be* de sus ancestros. De esos mayas que hablan la lengua como un soplo que hace florecer nuestro corazón, que nos hace ver y sentir los recuerdos de nuestros antepasados y nos llena de vida, fortaleza y amor a lo que tenemos que seguir construyendo para proteger y convivir con las pocas cosas buenas que tenemos dentro de este sistema político corrupto y represor. Ahora se hace un acto de resistencia hablar en nuestra lengua y utilizar nuestros trajes. Es resistencia sembrar nuestros alimentos y mantener nuestros rituales. Es resistencia recordar a nuestros desaparecidos y mantener la memoria. Es resistencia sonreír, cantar, danzar y soñar los diversos colores de nuestro corazón